

Varia

*RELIGIONES PRIMITIVAS DE HISPANIA **

No somos escasos los que hace ya tiempo esperábamos con viva impaciencia la aparición de la obra de J. M. Blázquez, cuya primera parte ve ahora la luz. Y, una vez leído este primer volumen, sólo cabe decir, aunque haya que recurrir a un socorrido lugar común, que la realidad presente corresponde plenamente a la expectación. Nos hallamos ante un instrumento de trabajo de utilidad suma, al cual tendremos que acudir continuamente en los años próximos gentes de muy distintas especialidades.

El carácter de la obra, su alcance y sus limitaciones, están claramente señalados en el prólogo del profesor García y Bellido, así como en la introducción con que el autor la encabeza. No es un estudio de la religiosidad de los pueblos hispánicos antiguos lo que aquí se nos ofrece, sino una compilación, bien ordenada y comentada con erudición, de todos los materiales indispensables para ese estudio.

Esta primera parte, como ya se advierte en el título, comprende las fuentes literarias y epigráficas: la segunda queda reservada a las arqueológicas. Su plan es sencillo y claro. Viene primero (págs. 1-47) la presentación y valoración de los testimonios de autores clásicos, clasificados geográficamente, que de una u otra manera se refieren a la religión, mitos y ritos, de los pueblos antiguos de nuestra Península. Este material —comentado ya hasta la saciedad, aunque no reunido como aquí en su integridad en su solo lugar—, va seguido del epigráfico (págs. 51-227), cuyo volumen siempre creciente se ha cuidado de recopilar hasta los hallazgos más recientes. Esta enumeración de divinidades indígenas atestiguadas en inscripciones, clasificadas según su carácter en la medida en que éste puede ser adivinado (no falta, claro está, un apartado dedicado a los “Dioses de carácter desconocido”), lleva, a título de conclusión, un breve pero denso epílogo titulado “La religión y el panteón de la Hispania antigua” (págs. 223-227). El

* BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, JOSÉ MARÍA: *Religiones primitivas de Hispania*, I, *Fuentes literarias y epigráficas*. Biblioteca de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma,

14. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Delegación de Roma, 1962. 286 págs., LIV láminas + 6 mapas.

resto del libro está constituido por los apéndices, indispensables en una obra de esta naturaleza: una copiosa bibliografía, índices de nombres de dioses, de personas, de localidades y gentes (antiguas y modernas), de fuentes literarias y epigráficas mencionadas en el cuerpo de la obra, y una lista de las ilustraciones, para terminar con seis mapas y 104 fotografías de inscripciones distribuidas en 54 láminas en papel couché.

Hecha esta seca descripción bibliográfica, es hora ya de entrar en el tema. Una mera ojeada a los mapas basta para notar, y el hecho ha sido ya repetidamente señalado, que la distribución geográfica de los epígrafes dedicados a divinidades indígenas es muy particular, pues éstos se localizan casi sin excepción en la Hispania indoeuropea o indoeuropeizada, cuya área de máxima densidad se sitúa en el noroeste galaico. Descontado el valle de Arán, geográficamente aquitano, acaso constituya la principal excepción el pequeño grupo navarro que presenta algunos nombres ambiguos: *Lacubeg-*, *Loxa*, *Peremusta*, *Selatsa*. Claro es que esta imagen ha de aparecer rectificadada y completada en la segunda parte de esta obra, ya que no hay más que recordar santuarios "ibéricos" como los de Castillar de Santisteban o el de Despeñaperros con sus abundantísimos exvotos.

Esta distribución se ha puesto, sin duda con fundamento, en relación con el grado de romanización de las distintas regiones. Así A. Tovar, *Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas*, p. 184: "sólo el Noroeste de la Península, con tardía y deficiente romanización llevó consigo la identificación de los dioses nacionales con los más o menos correspondientes del panteón greco-romano..." Pero es posible, con todo, que nuestro conocimiento de las antiguas divinidades del Sur y Levante fuera algo mejor si pudiéramos penetrar más en la lengua indígena. Es curioso, en efecto, que en las inscripciones celtibéricas, cuyo número y volumen es mucho menor, se haya creído reconocer un teónimo (el dat. *luguei* repetido en Peñalba de Villastar, cf. aquí p. 91 ss.), mientras que nada semejante se ha señalado, por falta acaso de términos externos de comparación, en los textos en lengua ibérica. No es irrazonable, sin embargo, pensar que algunos de los nombres propios que en éstos cremos reconocer sean nombres de divinidades y no de personas o, lo que en último término equivaldría a lo mismo, que éstos sean en parte teóforos. Las diferencias que entre unos y otros podía haber se nos escapan evidentemente hoy por hoy, pues si sabemos algo, y aun bastante, de los antropónimos, gracias a otros testimonios, ignoramos casi todo acerca de los teónimos.

Puesto que los testimonios reunidos y estudiados en este volumen se refieren fundamentalmente, como ya se ha advertido, a una zona geográfica bien delimitada en conjunto, no resultará descaminado mencionar una vez más expresamente la impresión de extrañeza que produce, en el aspecto que aquí se considera como en otros, la parte indoeuropeizada de nuestra Península. Toda una serie de rasgos parece mostrar que en lo esencial constituye un área lateral, aislada, donde la aportación europea se desarrolló sin mayor contacto con las regiones de origen, en un medio en cierto modo extraño. No deja de ser raro, por ejemplo, que los lejanos gálatas se nos aparezcan acaso más próximos a los galos que todo lo que ha podido descubrirse de específicamente céltico en la Hispania antigua.

Lingüísticamente, son sobre todo los nombres de divinidades del noroeste los que resultan raros, si no monstruosos, desde el punto de vista indoeuropeo. Los nombres compuestos, tan característicos de las lenguas célticas y germánicas, son muy escasos entre nosotros, en tanto que los numerosos "compuestos improprios"

no han perdido, a pesar de la atención que se les ha dedicado, sobre todo por Tovar, lo pintoresco de su aspecto.

En realidad, se diría que lo indoeuropeo se presenta en nuestra Península en un estado de ruina, como fragmentos inconexos difíciles de situar en una imagen de conjunto: sólo un aumento considerable en los textos celtibéricos, lo más coherente que poseemos, podría completar algo el cuadro. Si buscamos un paralelo en la Galia, el punto de referencia más cercano que poseemos, acaso la diferencia principal no se halle en la cuantía y calidad de los testimonios directos conservados sobre ambos países. La lengua gala, como se sabe, es mal conocida y lo que las fuentes literarias clásicas nos dicen acerca de las estructuras de la sociedad gala y muy en particular acerca de la religión, aunque sea mucho más amplio y sistemático que en nuestro caso, estaría muy lejos de ser por sí solo suficiente.

El hecho decisivo, a mi entender, consiste en que el mundo galo, lingüística y etnográficamente, puede enlazarse estrechamente con la tradición céltica viva, presente hasta nuestros días en las Islas Británicas, con su apéndice medieval bretón en el Continente. Por lo que hace a la religión, son en primer lugar los textos antiguos irlandeses (y muy en segundo término los galeses), en los cuales de modo casi milagroso se ha conservado tanto del mundo anterior a la cristianización del país, los que permiten intentar la interpretación de unos testimonios breves y fragmentarios. En nuestro caso, sin embargo, las posibilidades de llegar a establecer un nexo con esa tradición, salvo en algún caso aislado como el de *lugu-*, son mínimas. Los rasgos divergentes, las faltas de coincidencia, son los más frecuentes: así, como señala Blázquez (p. 13 s.), en las ideas sobre la vida de ultratumba. Mayor trascendencia tiene la ausencia de toda referencia a la existencia de druidas en España, si el druidismo, institución pancéltica para algunos, fué el que hizo de los celtas un pueblo coherente, como quería H. Hubert.

Hechas estas consideraciones generales en torno y acaso un poco al margen del tema del presente libro, falta ocuparse de la obra misma de una manera específica. Ya se ha señalado que el material ha sido reunido, presentado y valorado con todo el rigor y acopio de noticias que hoy se exige de una obra de esta clase. El mayor reparo que puede hacerse, a mi entender, atañe a la ordenación del material. En efecto, el autor presenta las divinidades indígenas clasificadas en varios grupos según su carácter, como ya se ha dicho, y este tipo de clasificación resultaría sin duda apropiado si en la mayoría de los casos, o en una buena parte de ellos por lo menos, pudiera fundarse en criterios reales. No es este el caso, por desgracia, pues a pesar de la destreza con que el autor utiliza los indicios de otro género cuando éstos existen, lo único que se conoce de muchas de las divinidades es el nombre. De aquí que con demasiada frecuencia se vea Blázquez forzado a basar sus atribuciones en la etimología del nombre que aquí —además de la inseguridad inherente a ese ejercicio, y más cuando como en este caso se trata de nombres antiguos y de filiación lingüística mal fijada— presenta el inconveniente decisivo de que el carácter de una divinidad en un momento dado puede haberse apartado completamente de las particularidades que en un principio dieron motivo a la denominación. Habría sido preferible, creo, adoptar otro criterio de ordenación, por externo que fuera: el geográfico o simplemente el alfabético.

Un nombre como el de *Losa* o *Loxa*, por citar una muestra, podría recibir un número casi indefinido de explicaciones, tan válidas o tan inválidas las unas como las otras. Aquí (p. 80) es puesto en relación con el nombre de lugar *Losa*, a unas

40 millas de Burdeos en dirección a España (*Itin. Ant.* 456, 3); podría recordarse también *Loxa*, nombre antiguo de un río de Escocia (cf. Kenneth Jackson, *Language and History in Early Britain*, p. 536 s.), que varios autores han aproximado a gr. *loxós*, que Pedersen a su vez (*VKG I*, 78) comparaba con galés *llechwedd* “pendiente, cuesta”, galo *Lexouii*. Pero por otra parte la localización navarra de los epígrafes, e incluso la vacilación gráfica *x/s*, hace pensar en un posible origen eúskaro, con lo que vendría a ser una personificación como *Pudicitia* o *Timor*, puesto que vasc. *lotsa* es “vergüenza” o “miedo” según las zonas. El acercamiento de *Saga*, en un ara hallada en San Vicente de Alcántara, a vasc. *sagar* “manzana” (p. 70), con lo que la deidad tendría un carácter de protectora de la vegetación, no parece recomendable en esa zona. Además, *Saga* podría explicarse sin violencia alguna sin necesidad de salirse de los indoeuropeo: *sag-*, con vocal larga o breve, está copiosamente representado, como se sabe, en céltico, itálico y germánico.

Dentro de este terreno, las observaciones de detalle pueden multiplicarse tanto como se quiera, ya que el hilo conductor que podría evitarnos los mayores extravíos, la sombra de significación ligada al carácter de la divinidad, no existe a menudo: salvo en casos como el de *Ataecina*, no es este carácter el que sugiere la etimología, sino la etimología la que pretende adivinar el carácter. Justo es señalar, no obstante, que el autor huye siempre de dogmatizar y se reduce a apuntar posibilidades.

Así, para los nombres en *Band-* (p. 51 ss.), cabe también pensar en i.-e. **bhendh-* ‘atar, ligar’, con *o* original o en grado cero: incidentalmente, en Pokorny, *IEW* 95 no encuentro otra cosa que **band-*, con valor dudoso de ‘go’a’. Es discutible, en todo caso, que *Mandica* y *Mandiceus* (p. 61 s.) pertenezcan al mismo grupo, aparte de que **mand-* en *IEW* 699 no es ‘agitar’, valor que convendría mejor a **me(n)th-*, en la p. 732. Si *Bolgens(is)* (p. 63) es, como parece, un adjetivo —étnico o cosa semejante—, su semejanza con irl. *bolg*, el nombre de los *Belgae*, etc., no deja de ser sugestivo.

En el ara de Escuñaou (p. 68), cuya localización en el mapa correspondiente es por cierto incorrecta, todo lo que sabemos de onomástica aquitana induce a creer que *Ilurberrixo* es el nombre de la divinidad y *Anderexo*, por el contrario, el de la dedicante en nominativo. Esta es la opinión dominante por lo menos desde Seymour de Ricci, *Revue Celtique* 24 (1903), p. 76, aunque alguno de los que han estudiado los nombres aquitanos fuera de su contexto natural, englobándolos dentro de lo céltico, como K. Horst Schmidt, *Die Komposition in gallischen Personennamen*, p. 130, haya pensado otra cosa. Para *Ilur-*, aquí y acaso también en *Ilurbeda* (p. 78 s.), cfr. los artículos de U. Schmoll en *Glotta* 35 (1956), 304 ss., y *Die Sprache* 6 (1960), 46 ss.

Se ha convertido en una especie de lugar común entre nosotros el afirmar, como en esta obra (p. 73 s., 127, 195), que los nombres hispánicos en *Tanc-*, *Tang-*, *Tonc-*, *Tong-* se explican por el grupo de irl. ant. *tongid* ‘jura’, etc. Esta, sin embargo, no es más que una de las aproximaciones posibles y acaso no la mejor, pues dentro del céltico mismo están los continuadores de **tenk-* (*IEW* 1068), como irl. ant. *tocad*, neut., ‘suerte’ (arc. *toceth* < **tonketo-*), etc., con los cuales se relaciona un nombre como *Tuncetace*, gen. latino en una inscripción cristiana de la Gran Bretaña (*VKG I*, 151, II, 650, Thurneysen, *A Grammar of Old Irish* 126, Kenneth Jackson, op. cit. 188 et al., etc.) y también probablemente el más antiguo *Tancorix* en el mismo país. Por lo que respecta a *Tanc-*, esta aproximación se encuentra, en los últimos tiempos, en Corominas, *DCELC* s. v. *estancar*, y en U. Schmoll, *Die Sprache der vorkeltischen Indogermanen Spaniens und das Keltiberische* 78 s. y 83, quien por lo demás separa las formas en *tanc-*, *tang-*, con sorda antigua, de las en

tong-, donde la sonora sería original, cosa que me parece dudosa y no del todo necesaria.

A propósito de *Poemana* (p. 83 s.), no se recoge la ingeniosa aproximación de Pokorny a gr. *poimén*, lit. *piemuô* 'pastor', cf. Schmoll, op. cit., 87 s. y 93. La obra de Schmoll, dicho sea de paso, cuya aparición a pesar de las fechas es posterior a la preparación de la que reseño, habría sido aquí de suma utilidad en cuanto constituye un cómodo repertorio crítico de la mayoría de las etimologías indoeuropeas propuestas para nombres hispánicos.

Al lado de *Tullonius* (p. 85) falta la mención habitual de la moderna sierra de Toloño, que reforzaría la opinión del autor.

Se ha desaprovechado la explicación de *Dercetius* (p. 88) por i.-e. **derk'*-, bien representado también en celta (*IEW* 213, Schmoll 76). Para la formación, cf. *Leucetius*, *Loucetius*, epíteto de Marte, e incluso *Tasgetios* al lado de *-tasgus* y, en la misma familia de *Dercetius*, ind. ant. *darçatá-* 'visible, hermoso', gr. *dusdérketos* y *Dérketos* nombre propio (M. Mayrhofer, *KEWA* II, 213. También para *Louci* sería natural pensar primero en i.-e. **leuk-* 'luz, etc.').

El texto de Macrobio, *Saturn.* I, 19, 5, se halla mencionado a propósito de *Neto(n)* (p. 94 s.), pero, salvo error, no aparece transcrito en parte alguna. Tampoco se citan las posibles correspondencias célticas, apuntadas ya desde antiguo. Cf. *IEW* 760.

Lo mismo que el celtib. *tamaniu*, *tabaniu* podría ser caracterizado más precisamente como nombre de población (p. 95).

Acerca de la relación de irl. ant. *ander* '(mujer) joven', etc., y vasc. *and(e)re* 'mujer señora', mencionada aquí a propósito de *Anderon*, epíteto de Júpiter (p. 97) y de *Anderexo*, más arriba, me parece difícil por hoy avanzar más allá de la prudente reticencia de Vendryes, *Lexique étymologique de l'irlandais ancien* A, s. v. En todo caso, *Anderon-*, en Galicia, sería indoeuropeo, mientras que *Anderexo*, en el valle de Arán, es sin duda aquitano. Resultan aleccionadoras las vacilaciones de K. Horst Schmidt, 129 ss., entre descomponer *anae-r-* o *andere-* en nombres como el claramente aquitano *Anderitia*, de lectura insegura, cosa que no suele subrayarse como merece. Se olvida a menudo que los comparatistas se creen siempre autorizados, con razón o sin ella, a elegir entre dos o más soluciones posibles la más favorable para la tesis que defienden.

No estaría de más señalar, a propósito de *Arcon-*, que la única forma celta atestiguada del nombre del 'oso' (en galo, irlandés y galés) presenta exclusivamente *t*: *art-*. Vid. Vendryes, s. v. *art* y *artram*.

La suposición de que *Mentoviacus* fuera una deidad protectora de los caminos (p. 107 s.) me parece, al menos con la fundamentación que aquí se le da, de las más endebles del libro. En todo caso, la relación se manifestaría en el primer elemento del nombre, para el cual se podrían hallar correspondencia en *IEW* 726, sobre todo en galo *-mantalon* 'camino'. Cf. *VKG* I, 139.

La conexión de *Caburus*, *Caburius* (p. 108) con irl. *cobir* 'auxilio' (gen. *cobra*) es insostenible, como muy bien advierte Palomar Lapesa, p. 52 s.

En la p. 122, sin duda por descuido, se lee Catulo en vez de Catón. Ahí mismo, a propósito de *Poecosuosuc[i]uo* y de *Runesocesio* (p. 123), valdría la pena de considerar la posibilidad de que entre en esos nombres el conocido prefijo celta, etc. *su-* (britónico **so-*, Kenneth Jackson, p. 659): cf. *IEW* 1037 s., Schmoll, 80. La misma posibilidad cabría para *Suttunius* (p. 125). Menos simple es el problema

de su posible relación con el teónimo aquitano (*Marti*) *Sutugio*, que en los dos ejemplos conocidos aparece en dativo. Personalmente me inclino a creer que *Sutugio* y *Suttunius* no pasan de tener una semejanza casual, pues el primero tiene una localización estrictamente aquitana, con una variante, explicable dentro del aquitano, *Suhugio*. De ser céltico, sin embargo, la coincidencia con *Suttunius* podría estar tanto en *su-* como en el sufijo *-io*.

En relación con las distintas *Matres*, echo de menos la mención de *Matribus Vseis* en una inscripción de Laguardia (Alava), publicada (cito de segunda mano) por F. Baráibar en *BRAH* 64 (1914), 179 ss.

En *Briamail* / *Brigomaglos* y en los demás nombres célticos citados en la p. 139 no hay en realidad alternancia *o/a* en sentido sincrónico, sino diferencia de fecha y evolución.

Piénsese lo que se piense del nombre *Ataecina* y de sus variantes (p. 141 ss.), lo que es seguro es que el irl. ant. *adaig* 'noche' supone *d* (acaso el prefijo *ad-*) y **k* o **q*.

En la inscripción dedicada *Fontis Aginees(is) Genio* (p. 168) no se saca ningún partido de la condición de *aquilegus* que lleva expreso el dedicante.

El dat. *Lacubegi* (p. 176) pide más bien, si el nombre está declinado, un nom. *-bex* o *-begis*.

En la p. 198, a propósito de *Iuilia* (transcrito *Iuliae* por error), se aduce un *Abel(l)ion*, "nombre de un manantial de aguas medicinales", cuyo emplazamiento no se indica. No sé si existe o no, pero es curioso que el nombre sea tan semejante al del dios aquitano (en dat.) *Abelion(n)i*, *Abellion(n)i*, de carácter discutido. En el índice correspondiente, *Abe(l)ion* va como nombre de localidad antiguo.

Termino aquí estas acotaciones, no siempre pertinentes, que ya se han extendido demasiado. Vuelvo a insistir sobre la indiscutible importancia de la obra. De la utilidad de este primer volumen para los estudios onomásticos no hay tampoco que decir nada más, sobre todo si se tiene en cuenta que para la Hispania antigua viene a unirse a la obra de M. Palomar Lapesa y al libro en prensa de la Srta. Albertos. Después de leerlo sólo nos queda esperar que no se retrase la publicación del segundo tomo en el que el prof. Blázquez no tendrá que sufrir las incomodidades de un terreno menos familiar.

La presentación del libro, impresión y reproducción de las ilustraciones, es excelente y digna de las mejores tradiciones arqueológicas. Por el contrario, como era difícil de evitar, algunas notaciones lingüísticas más bien complicadas no han dejado de sufrir deformaciones que en general no son difíciles de corregir. Hay también un cierto número de erratas de otro género, como el *Iturisca* por *Iturissa* o *Itoúrissa* en la p. 145. — LUIS MICHELENA.

ESCULTURAS ROMANAS DE ANDALUCIA Y DEL LEVANTE ESPAÑOL

Las notas de esta serie y otras similares¹ aspiran especialmente a una mejor difusión del rico patrimonio escultórico de la Hispania romana. Por ello se atiende aquí de especial manera al estudio de piezas diversamente editadas pero carentes en general de un análisis cualitativo o de una adscripción estilística adecuada o exhaustiva. No siempre ha sido posible al autor un análisis directo de las piezas suficiente para una debida valoración técnica y cualitativa, pero sí se ha procurado precisar el ambiente cultural en que surgieron los prototipos de las copias aquí estudiadas. Verdaderas *parerga* estas notas aspiran principalmente a facilitar documentos para un futuro *corpus* de la escultura romana en España y elementos de juicio para un análisis del gusto artístico, siquiera limitado a la escultura, en la España romana. Por estas razones el autor agradece de antemano la colaboración de cuantas personas, directores de museos, excavadores, coleccionistas, propietarios o concedores faciliten datos referentes a esculturas procedentes de estos territorios.

1.—CARMONA. *Afrodita pudica con himation*.

Hallada en la zona de Carmona en fecha desconocida. Mármol blanco. El cuerpo ha desaparecido prácticamente al igual que los pies. Lo conservado se limita a la piernas y región glútea envueltas en un himation anudado en la parte delantera.

Se conserva en la colección de D. Pedro Soles. Altura, 1,05 m.

Bibl.: COLLANTES DE TERAN, en *Catálogo Monumental de la Provincia de Sevilla*, II, p. 116, fig. 117 (de esta obra proceden nuestras referencias).

Se trata del tipo de Afrodita púdica semivestida estudiada recientemente por P. Levecque y A. Di Vita (este último con lista de réplicas y variedades)².

El tipo procede, sin duda, de una variedad de la Afrodita Capitolina modificado en versiones próximas al tipo de la Afrodita de Rodas³. Este parece proceder de un prototipo creado hacia el 150 a. d. J. C., fecha establecida por Di Vita y que no parece posible remontar; en realidad, el tipo entra por completo en las características del llamado "Rococo helenístico" y algunas versiones parecen proceder de versiones clasicistas de fecha muy posterior.

Aparentemente pudieran buscarse semejanzas con el tipo de la Afrodita de Capua, adscribible a una numerosa serie de adaptaciones y modificaciones, pero a mi juicio toda posible semejanza es aparente y limitada tan sólo a la colocación del paño puesto que la disposición es muy distinta. Ejemplares semejantes, en piedra o bronce no faltan en las colecciones españolas⁴.

1 *AEArq.*, 1959, p. 142 ss. y p. 164. *Zephyrus*, 1960, p. 238 ss.; *Cuadernos de Arqueología e Historia de la Ciudad IV*, 1962, en prensa; *AEArq.*, 1961, en prensa; *Oretania*, III, 1961, p. 39 ss.; *AEArq.* 1962, en prensa.

2 LEVECQUE, *BCH*, LXXIV, 1960, p. 65 ss.; DI VITA, *Arch. Clas.*, VII, 1955, p. 9 ss. (lista de réplicas que no tiene cuenta de los ejemplares españoles). Sobre el tipo, véase ya BERNOUILLI, *Aproditè*, p. 259. Cfr. PARIBENI, *Cat. Sculture del Museo di Cirene*, 1959, n.º 258 ss.

3 JACOPI, *BA*, XXIII, 1929-30, p. 401 ss.; JACOPI, *Clara Rhodos*, V-1, 1931, p. 5 ss.; DI VITA, *o. c.*, passim.

4 Cfr. GARCIA BELLIDO, *Esculturas...* n.º 142 y 149 (compárese esta última influida probablemente por el tipo de la Anadyomene con la Afrodita del Museo Pío Clementino (Museos Vaticanos) en REINACH, *Rep. Stat.*, I, p. 326 o con la de la antigua colección de palacio Biscardi, *Rep. Stat.*, I, p. 325).

2.—MEDINA SIDONIA. *Estatua femenina vestida.*

Hallada en Medina Sidonia en fecha desconocida. Mármol blanco. Acéfala restaurada con una cabeza no pertinente. Conservada en una colección particular y recientemente depositada en el M. A. N., donde he podido estudiarla. Mide 1,60 m. de altura.

Bibl.: ROMERO DE TORRES, *CMCádiz*, p. 120, lám. LXIV.

Los paralelos más próximos son, a mi juicio una estatua de Mérida⁵ y, ya con diferencias, otra de la Gliptoteca Ny Carlsberg⁶. Se engloba generalmente con un tipo estudiado por Hekler⁷; pero éste tiene una disposición del manto bastante diferente.

Se la considera en general variación del tipo de la Gran Herculanesa⁸, pero también pudiera aproximarse al tipo de la *Pudicitia*. En todo caso es tipo particularmente frecuente en relieves funerarios romanos de época republicana y no raro en España. El prototipo no debió surgir hasta la segunda mitad del s. II a. d. J. C. Otra versión romana de carácter icónico se conserva en los Museos Vaticanos⁹.

3.—IBIZA.—*Estatua femenina vestida.*

Hallada en 1585 en las proximidades de Ibiza ("Can Francesquet", según Román) o más probablemente en el área de la ciudad romana al construirse la muralla de la ciudad. Mármol blanco. Carece de cabeza, brazos, labrados aparte y unidos mediante encajes y pernos, así como los pies y algunas esquirlas de los paños bajo el brazo izquierdo y sobre la pierna derecha. Se conserva en la actualidad, desde su hallazgo, en la hornacina junto a la puerta principal de la muralla de Ibiza. Mide 1,55 m. de altura.

Bibl.: ROMÁN, *Los nombres e importancia arqueológica de las Islas Pythiusas*, 1906, p. 36; PÉREZ CABRERO, *Ibiza arqueológica*, 1911, p. 42 s., fig. 40 (ilegible) a p. 51; MACABICH, *Ebusus. Ciclo romano*, 1932, p. 40, lám. XI. Foto Más, Serie C-13.491 (tomada en 1915).

No parece probable que, en contra de lo dicho generalmente, se trate de una imagen de divinidad y menos aún de Juno, atribución basada en la inscripción que le sirve de poyo (*CIL* II 3659). Probablemente debió ser imagen icónica al igual que las dos expuestas conjuntamente, un togado y un thoracato. Se ha intentado reconstruirla con una cabeza hallada en la localidad (cfr. PÉREZ CABRERO, *o. c.*, I. c.) sin duda antigua pero que no le corresponde (cfr. MACABICH, *o. c.*, I. c.).

Tipos semejantes al de la estatua de Ibiza los hallamos en terracottas de Mi-

5 Cfr. GARCÍA BELLIDO, *Esculturas...*, n.º 246.

6 N.º 537 (cfr. POULSEN, *Acta A*, 1941, p. 32 ss).

7 *Muencher arch. Studien*, II, p. 141 s. y 237, fig. 8.; HORN, *Stehende weibliche Gewandstatuen*, p. 19.

8 LIPPOLD, *Kopien u. Umbildungen*, p. 223. No creo paralelos adecuados, aunque se citen como tales, la Licia de Villa dei Misteri, la Eumachia de Pompeya, la estatua del Museo Torlonia (VISCONTI, lám. XLVII, 188) o la Viciria de Nápoles (HEKLER, *Bildniskunst...*,

p. 205) u otra del mismo Museo (GIGLIOLI, *Not. Sc.*, 1913, p. 26) o bien otras de los Museos Capitolinos (STUART JONES, Atrio n.º 8), de Pergamo (*Pergamon*, VII, n.º 69, HORN, *o. c.*, lám. XXII, 1) o de los Uffizi (DUETSCHKE, n.º 340). Por el contrario parece idéntica a la estatua del Vaticano, sala de la Biga n.º 607 (cfr. *Vat. Kat.*, III-2, lám. XXX) y a otra colocada sobre la "Porta Consolare" de Spello (cfr. TARCHI, *L'arte etrusco-romana nell' Umbria e nella Sabina*, s. a., lám. CLX), (fotografía insuficiente).

9 Cfr. nota anterior.



Fig. 1. — Escultura romana de Ibiza.



Fig. 2. — Escultura romana de Cartagena



Fig. 3. — Escultura romana de Almuñécar.

rina¹⁰ o una figura del altar de Priene¹¹ fechable hacia el 150 a. d. J. C. Ciertas semejanzas se advierten en una estatua coetánea hallada en Magnesia y conservada ahora en el Museo Otomano de Istambul¹². No son distintas tampoco una estatua del Museo Calvet de Avignon¹³, otra de Mileto en el Louvre y la llamada Mesalina de este Museo¹⁴. Sin embargo, la acentuada torsión de la figura recuerda esculturas muy posteriores, reelaboraciones realizadas en la segunda mitad del s. II, en sus últimos años o en los primeros del s. I a. d. J. C.¹⁵. Estas torsiones acentuadas y exageradas¹⁶ son propias de este momento y presentan curiosos contrastes entre el clasicismo de sus paños y el carácter "rococo" de su composición.

4.—CARTAGENA. *Estatua de musa.*

Descubierta en el pasado siglo. Faltan la cabeza, brazos, atributos y parte de la basa. Mármol amarillento. Altura, 0,64 m. Se conserva en el Museo Municipal de Cartagena.

Bibl.: BELTRÁN, *AEArq*, 1952, p. 73, fig. 19. Fotografía Archivo Fotográfico del Instituto Español de Arqueología.

El tipo recuerda en su disposición el de la Afrodita de Capúa¹⁷. Sin embargo, el prototipo es más antiguo. Sin duda debe buscarse en la Melpomene de la "Sala de las Musas" de los Museos Vaticanos¹⁸ que es una reelaboración del tipo de la Musa Westmacott¹⁹.

Una reelaboración de la Melpomene vaticana corrige la acentuada torsión lateral del tórax y añade un himation sobre el regazo, que cae verticalmente a lo largo de la pierna derecha. A esta variedad utilizada para tipos de Musas y otros que, debido a la adición de la *pardalis* pudieran considerarse menades pertenece la copia de Cartagena. Posteriormente el tipo sufre nuevas reelaboraciones para adaptarlo a tipos de ninfas o incluso de Afroditas aún sin llegar al tipo Capúa, carente del poyo en el cual descansa la pierna derecha y por ello de distinto ritmo. Es propio de estas versiones, como la del Museo dei Conservatori²⁰, la del Vaticano en la "Sala dei Candelabri"²¹ o la algo distinta del Museo Arqueológico de Rodas²² la representación con el torso desnudo. El tipo corresponde a los últimos años del

10 WINTER, III-2, p. 29, 1.

11 HORN, lám. XXVI-1; LIPPOLD, *Griechische Plastik*, 1950, lám. CXXX-1. Advértase que la estatua de Ibiza se separa algo en la disposición del himation, más ceñido al cuerpo, enrollado en el brazo izquierdo y sin formar "guante" en el brazo derecho.

12 SCHEDE, *Meisterwerke des tuerkische National Museum*, 1928, láms. XXII s.; HUMANN - KORTHE - WATZINGER, *Magnesia am Maeander*, 1904, p. 185; MENDEL, *Catalogue...*, n.º 549; HORN, *o. c.*, p. 64; LIPPOLD, *o. c.*, p. 374.

13 ESPERANDIEU, 2570.

14 *Rep. Stat.*, II, 678, 9; I, p. 160. Es lamentable que una colección de la importancia de la del Louvre no disponga del debido catálogo analítico y sea preciso recurrir aún a las láminas de Clarac o a ediciones divulgativas.

15 Cfr. HORN, *o. c.*, lám. XXXVII. Véase

lo dicho a propósito de una escultura de Amurias en *AEArq*, 1961, en prensa.

16 El fenómeno es común a otras expresiones artísticas de la época. Cfr. *Zephyrus*, 1960.

17 El tipo es algo más antiguo que el de la Melpomene (hacia el 340-310). Cfr. LIPPOLD, *o. c.*, p. 284.

18 *Vat. Kat.*, III-2, p. 21, n.º 499; MUSTILLI, *Museo Mussolini*, p. 67 s., n.º 9 (con lista de réplicas para ambas versiones).

19 Cfr. LIPPOLD, *o. c.*, p. 295; LIPPOLD, *RM*, XXXIII, 1918, p. 89; JOHNSON, *Corinth*, IX, n.º 14, quizá también *Rep. Stat*, IV, p. 180, 51. *Pergamon* VII, n.º 47, p. 76 ss.

20 *Monumenti Arcaici* 29, en STUART JONES, *Catalogue...* ahora "Sala di Achille" 2. Análoga, además de la siguiente *EA* 1353 y 4853. El tipo aparece también en terracottas, cfr. WINTER, III-, p. 103, 3.

21 *Vat. Kat.*, III-2, lám. CVIII-11.

s. IV o primeros del s. III a. d. J. C., pero en los paños del torso se aprecian elementos clasicistas.

5.—ALMUÑECAR. *Estatua icónica.*

Faltan la cabeza, todo el brazo derecho y parte del izquierdo (los tres labrados aparte). Mármol blanco. Se conserva en el Museo Arqueológico de Granada.

Bibl.: GÓMEZ MORENO, *Monumentos Arqueológicos de España*: Granada, 1907, EGUARRAS, *MMA*, 1944, lám. XXVI-1, p. 116; Fotografía Archivo Fotográfico del Instituto Español de Arqueología.

El tipo es análogo al de una estatua de Zaragoza estudiada recientemente y a lo dicho allí nos remitimos²³. Parece ser una copia romana de los últimos años del s. I d. d. J. C.

6.—ELCHE. *Afrodita púdica con himation.*

Hallada en Santapola. Material y dimensiones desconocidos. Posiblemente fué labrada en dos piezas a juzgar por la ausencia del torso. Perdida en la actualidad y conocida gracias a un dibujo de P. Ibarra.

Bibl.: RAMOS FOLQUES, *AEArq*, 1953, p. 333, fig. 6 (sin referencias concretas en el texto). Esta escultura corresponde al tipo de la hallada en Carmona estudiada aquí con el.

7.—MONTORO (Córdoba). *Fragmento de un thoracato.*

Fuó de la colección Vilacevallos pasando más tarde a formar parte de la colección de los marqueses de Casa Loring. Mármol blanco.

Bibl.: HUEBNER, *Antike Bildwerke in Madrid*, p. 314; BERLALGA, *Catálogo del Museo Loringiano*, 1903, p. 101, n.º 25; *Rep. Stat.*, III, p. 162, 8; V, p. 323, 3; G. MANCINI, *Bull. Com.*, L, 1923, p. 188, n.º 70; HEKLER, *OeJh*, XIX-XX, 1919, p. 224 s.; VERMEULE, *Berytus*, XIII, 1959, p. 46, n.º 102 A.

Faltan la cabeza, brazos y parte de las piernas. En el centro de la coraza aparece el frecuente tema de las dos Victorias a ambos lados de un incensario o candilabro. Debajo Tellus y Oceanus²⁴.

Las características de este torso corresponden a las habituales en la última época de los Flavios y las primeras representaciones de este tipo correspondientes a la época de Trajano. Vermeule²⁵ fecha concretamente la escultura estudiada aquí dentro de un grupo que atribuye al período Domiciano-Nerva.

8.—ALCALA DEL RIO (Sevilla). *Fragmento de un thoracato.*

Se conserva sólo el lado izquierdo del cuerpo. Mármol blanco. Mide 60 cm. de altura, lo cual se presta a suponer que se trataba de una estatua de tamaño natural. Se conserva en el museo Arqueológico de Sevilla.

22 JACOPI, *Clara Rhodos*, V-1, p. 16; *Il Museo Archeologico di Rodi*, 1932, p. 5. Puede añadirse, aunque algo distinta, la ninfa vaticana de la "Galería delle Statue", 405 (*Vat. Kat.* II, lám. LVIII). Véase además para estos tipos de Musas lo dicho en *Zephyrus*, 1960, p. 238 s.

23 Cfr. *Zephyrus*, 1960, p. 241 s.

24 Las victorias son particularmente frecuentes en las representaciones de este momento (cfr. VERMEULE, *o. c.*, p. 46 ss.). Tellus y Thalassa aparecen en un torso de Villa Albani (VERMEULE, *o. c.*, p. 47, n.º 108; reconstruido con una cabeza de Augusto no pertinente).

25 *o. c.*, p. 46, n.º 102 A.

Bibl.: FERNÁNDEZ - CHICARRO, *MMAF*, 1946, p. 132, n.º 3, lám. XXXVII, fig. 1.

Se conserva la parte izquierda del torso desde el hombro al muslo, en la lorica aparece un grifo colocado sobre roleos vegetales, sin duda afrontado a otro que se hallaba en el lado derecho.

Sólo conserva la primera serie de escamas, no es posible aclarar si existía otra, adornada con cabezas de leones y gorgonas adornadas. Entre la coraza y los lambréquines parece un serie de *caetrae* y *scuti* (muy perdidos) alternados con rosetas

El *paludamentum* cubría el hombro izquierdo y debía descender hasta enrollarse con el brazo correspondiente de modo análogo a las estatuas thoracatas de Trajano conservadas en los museos de Leyden y en la Gliptoteca Ny Carlsberg de Copenhague²⁶.

Este torso debe corresponder al período Trajano-Adriano. Observa Vermeule²⁷ que el *acmé* de las representaciones thoracatas corresponde precisamente al período comprendido entre Vespasiano y Adriano. Los cambios susceptibles de una valoración cronológica, siquiera relativa, afectan principalmente al rendimiento de los detalles ornamentales y estas condiciones continúan en las primeras representaciones de la época de Antonio Pío. Durante el reinado de este monarca las representaciones muestran especialmente la difusión de tipos más sencillos y austeros que las fastuosas corazas de parada propias del período Vespasiano-Adriano.

Vermeule²⁸ cataloga 82 estatuas thoracatas correspondientes al período Trajano, última época de Adriano. De ellas una veintena presentan el tema de los grifos flanqueando candelabros, incensarios o aramaspes. — A. BALIL.

26 Copenhague, *Catalogue* . . . , n.º 543; GROSS, *Bildnisse Traians*, p. 55 ss.; VERMEULE, *o. c.*, p. 46, n.º 126; Leyden, GROSS, *o. c.*; VERMEULE, *o. c.*, p. 49, n.º 130.

27 *o. c.*, p. 19 ss.

28 *o. c.*, p. 48 ss.

BROCHES DE CINTURON DE PLACA ROMBOIDAL EN LA EDAD DEL HIERRO PENINSULAR

Con motivo de un extenso trabajo, ya terminado, sobre los orígenes de los principales prototipos de la fíbula anular hispánica, nos encontramos con la necesidad de valorar debidamente los broches de cinturón objeto de este estudio, ya que llevados por unos y otros desde la sistematización realizada por Bosch Gimpera en su cultura posthallstática, seguían fechándose sin tener en cuenta los últimos descubrimientos. Estas piezas, íntimamente ligadas con las fíbulas peninsulares de finales de la primera edad del hierro, nos eran importantísimas para determinar su cronología. En este corto trabajo exponemos los resultados de nuestra investigación.

Las piezas que vamos a estudiar constan naturalmente de macho y hembra. La primera pieza es una chapa de no grandes dimensiones, generalmente de cobre o bronce de forma romboidal con una de sus diagonales coincidiendo con el eje de simetría. Este rombo está unido por medio de una garganta formada por dos escotaduras curvas de la chapa, a la base por la que se une al cuerpo del cinto, que tiene forma sensiblemente rectangular. Dicha unión se realiza mediante clavillos (generalmente tres) de cabeza redonda, o corchetes de dos patas con cabeza anular. El gancho, está constituido por un doblez del vértice del rombo opuesto a la base de unión al cuero.

Distinguimos sin dificultad dos tipos en la decoración de los machos de estos broches. Del primero, es ejemplar genuino el de Agullana (Figura 1, 1). Toda la decoración se realiza contorneando la pieza con un festón de líneas paralelas en dientes de sierra, y la base con una línea quebrada de la misma clase.

Esta decoración es incisa. En cambio el segundo grupo (Fig. 1, 2-10), tiene dos características que según Cabré son¹: 1.º La superposición en una placa de bronce, recortada, de varios hilos de ese metal, que paralelamente entre sí recorren todo el perímetro del ejemplar, de círculos concéntricos o sueltos, semicírculos y espirales, etcétera, fijados a dicha placa con soldadura fuerte o peltre. En alguno de los ejemplares, se ha llegado casi a aplanar los hilos superpuestos a golpes de martillo. 2.º Los indicios indudables de esmaltes policromos entre los tabiques o mortajas, formados por los hilos de bronce soldados, que dejaban entre sí huecos que se rellenaban de pastas vítreas de colores.

Estos colores eran rojo, azul y verde, de los cuales, como hemos dicho, se conservan restos en algunas de las piezas. Dentro de este grupo se observan algunas variantes en cuanto a la figura de la chapa. Así, ésta, que en su forma más típica presenta en los dos vértices ángulos inferiores a los 90°, en otras es de esta abertura, lo que produce un gancho alargado, a veces de lados rectos en vez de curvos, como en el tipo clásico.

Por su popularidad en nuestra arqueología, designaremos los dos grupos de broches con los nombres de tipo Agullana y tipo Acebuchal. Todas las piezas reunidas en nuestro estudio han sido ya publicadas, por lo que evitaremos nuevas descripciones, remitiendo al lector a los dibujos adjuntos que reúnen las más características de las conocidas.

1 J. CABRE. *El thymiaterion céltico de Calaceite*. Arch. Es. Arq. n.º 48. Madrid, 1942, 193.

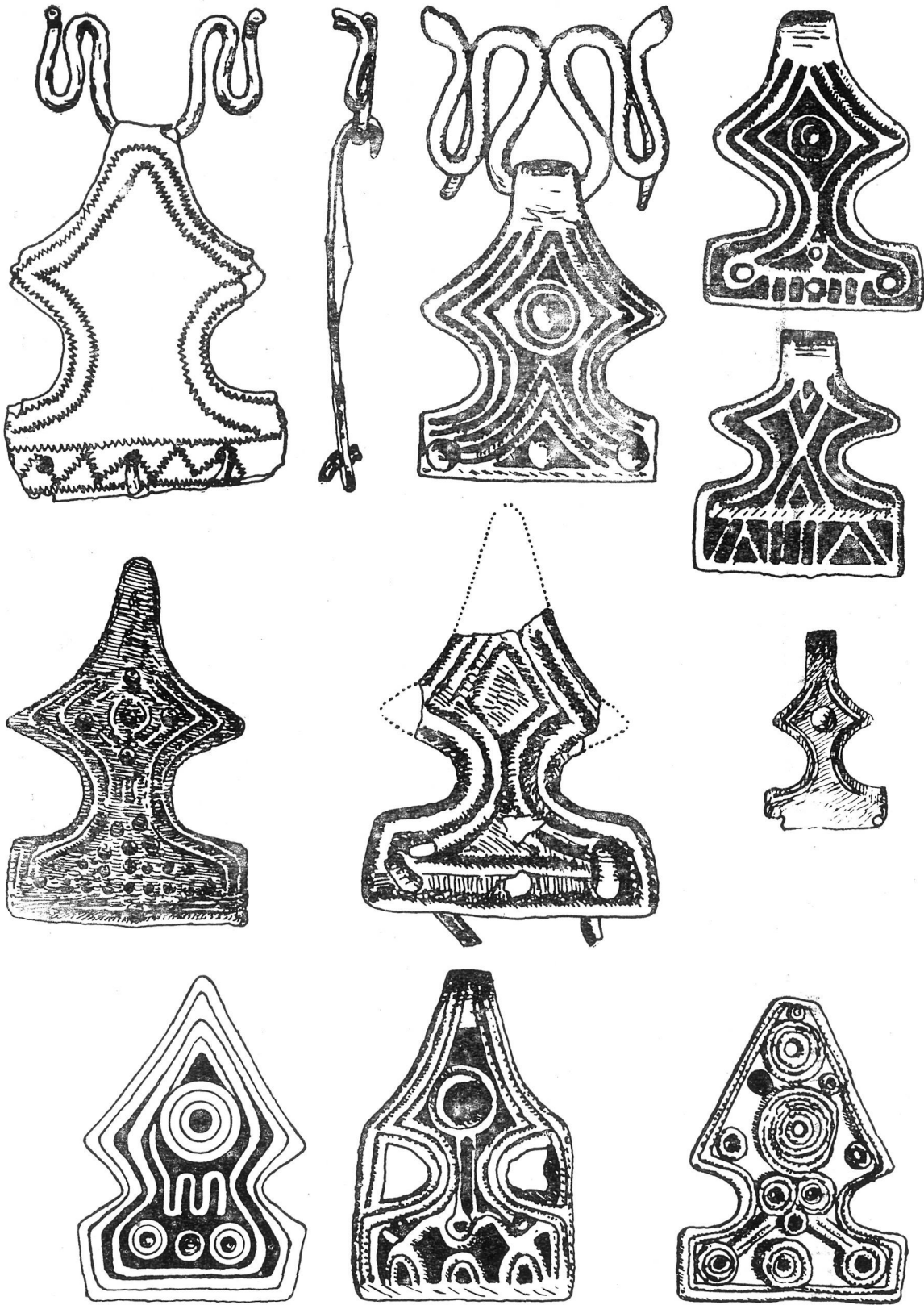


Fig. 1. — Broches de cinturón hispánicos con placa romboidal. 1: Agullana (Gerona). 2: Acebuchal (Carmona, Sevilla). 3: Clares (Guadalajara). 4: Tossal Redó (Calaceite, Teruel). 5: O Crasto (Tavarede, Portugal). 6: Griegos (Teruel). 7: San Antonio (Calaceite, Teruel). 8: Alttillo de Cerropozo (Atienza, Guadalajara). 9: Valdenovillos (Aledea de las Peñas, Guadalajara). 10: Clares.

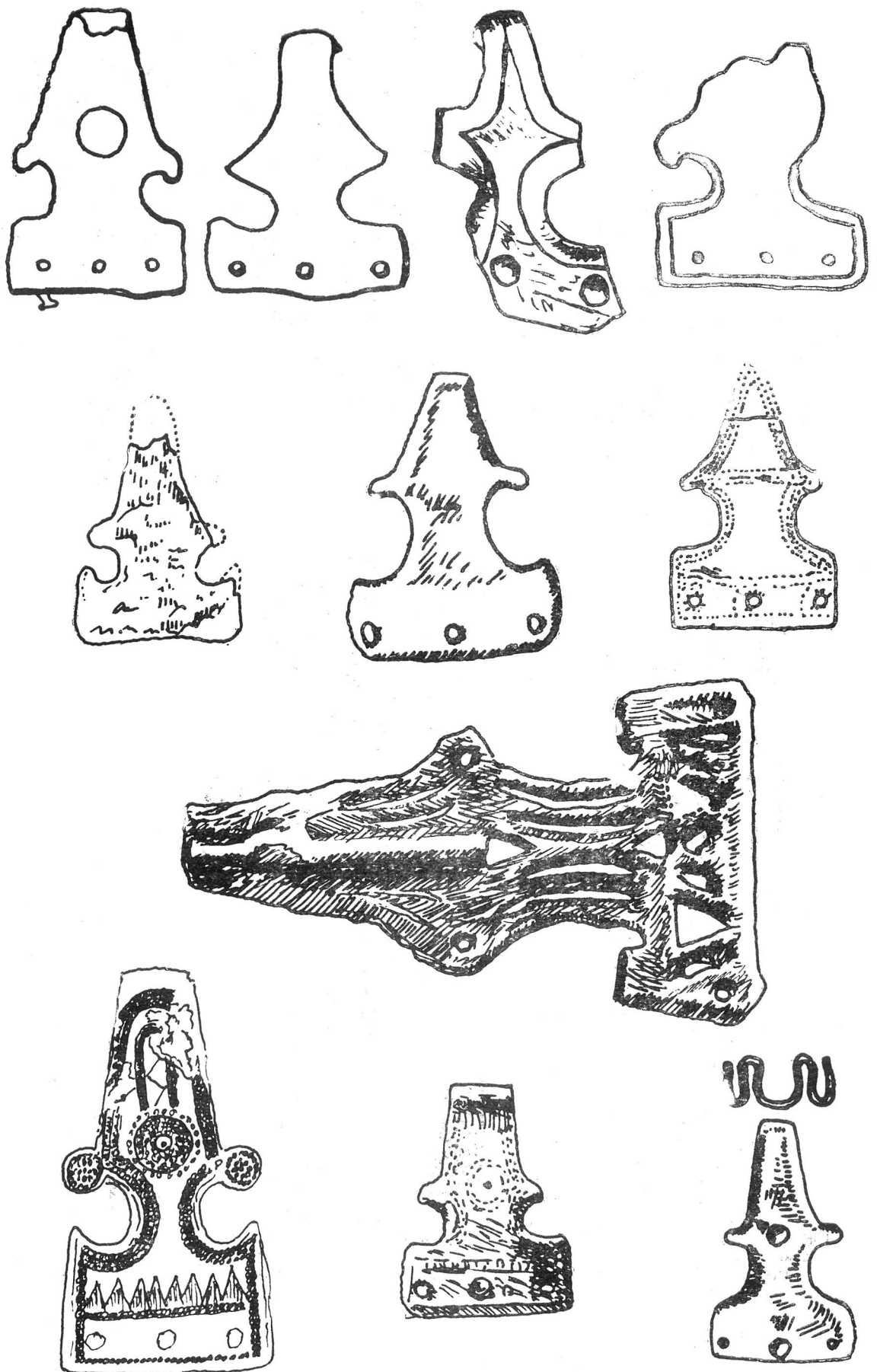


Fig. 2. — 1-4: Broches de cinturón de la necrópolis de "La Atalaya" (Cortes de Navarra). 5: id. de la Cayla de Mailhac. 6, 9-10: Necrópolis de Grand Bassin II (Mailhac-Aude). 7: Necrópolis de la La Pave (Argeles). 8: Necrópolis de Fleury (Aude).

Hemos de advertir que su número es bastante reducido. Así, al Sur del Tajo, sólo conocemos el de Acebuchal (Carmona, Sevilla), el de Illora (Granada), y los restantes en la cuenca del Duero, Navarra, Aragón, Cataluña y Valencia. El tipo Agullana hay que buscarlo al Norte del Ebro. (Fig 8).

Veamos el origen de estos broches y con ello su posible cronología.

Revisando los materiales de la 1.^a Edad del Hierro europea, los inmediatos broches de cinturón de placa romboidal, se localizan en el Centro de Europa, perteneciendo a la cultura hallstática. Un examen detallado de la necrópolis que da nombre a la misma, nos hace ver que son varios los tipos de broches usados, frecuentemente unidos a cintos de chapa de cobre muy adornada con repujados de variados motivos. Otras piezas se destinaron a cintos de cuero. Podemos ver un primer tipo de placas alargadas con laterales convexos, gancho en un extremo y pequeñas aletas dobladas para sujetarse al cuero (Fig. 3, 1-2). El mismo sistema de unión emplea un segundo tipo derivado del anterior, pero con su base de unión al cinto mucho más ancha que el cuerpo del broche y en la cual van las orejas de sujeción (Fig. 3, 3-4 y 6). Queda así constituido el broche, por la base de unión, del ancho del cinto, y un apéndice con tendencia triangular en cuyo extremo está el gancho.

Variante de este tipo son las placas cruciformes, con los dos travesaños destinados a sujetar el cuero con sus extremos (Fig. 3,5).

Otro grupo lo constituye una nueva forma de unión, aplicada al primero descrito. Quedan suprimidas las aletas de sujeción, y la base de la placa se bifurca para dar lugar a dos patillas que entrarían en un doblez del extremo del cinto (Fig. 4, 1). Con este sistema de sujeción aparece otro grupo de broches: el de placa romboidal, a veces completada con aletas o rebordes de sujeción al cuero (Fig. 4, 2-6).

Por último aparece un nuevo sistema de sujeción, que es el de los remaches en la base del broche. Se aplica el sistema a todas las formas anteriormente descritas que han ido perdurando y conviviendo aunque con predominio de algunas modas (Fig. 3, 6-7 y 6).

Las hembras de los broches parece se reducen a una sencilla anilla.

En cuanto a cronología, encontramos en las tumbas antiguas fíbulas de arco, zoomorfas, de pie muy largo y de navecilla, con broches de los tipos primeramente descritos, fechables por Kroiner de 800-750 a 600 años a. J. C.² En las tumbas del hallstatt reciente hay broches de patillas con placas del primer tipo, romboidales, acompañados de fíbulas de dragón, pie recto adornado y de doble espiral. Estas tumbas se fechan por el mismo autor del 600 al 500 años a. J. C. Vemos, pues, que la chapa romboidal aparece con patillas en el siglo VI, evolucionando después hacia la unión con remaches.

Hemos escogido también algunos ejemplos de broches del S. de Baviera³. Una pieza romboidal de eje longitudinal largo de Huglfing (Weilheim), con patillas, encontrada acompañada con fíbula de pie recto, muelle lateral y apéndices laterales en el puente (Fig. 4, 2). Otras dos (Fig. 4, 4-5) son del túmulo 72 de Staatsvald Mühlart (Furstenfeldbruck), con patillas y base recta respectivamente, lo que

2 Z. KROINER. *Des Graberfeld von Hallstatt*. Firenze, 1959.

3 G. KOSSACK. *Südbayern Während der Hallstattzeit*. Berlín, 1958.

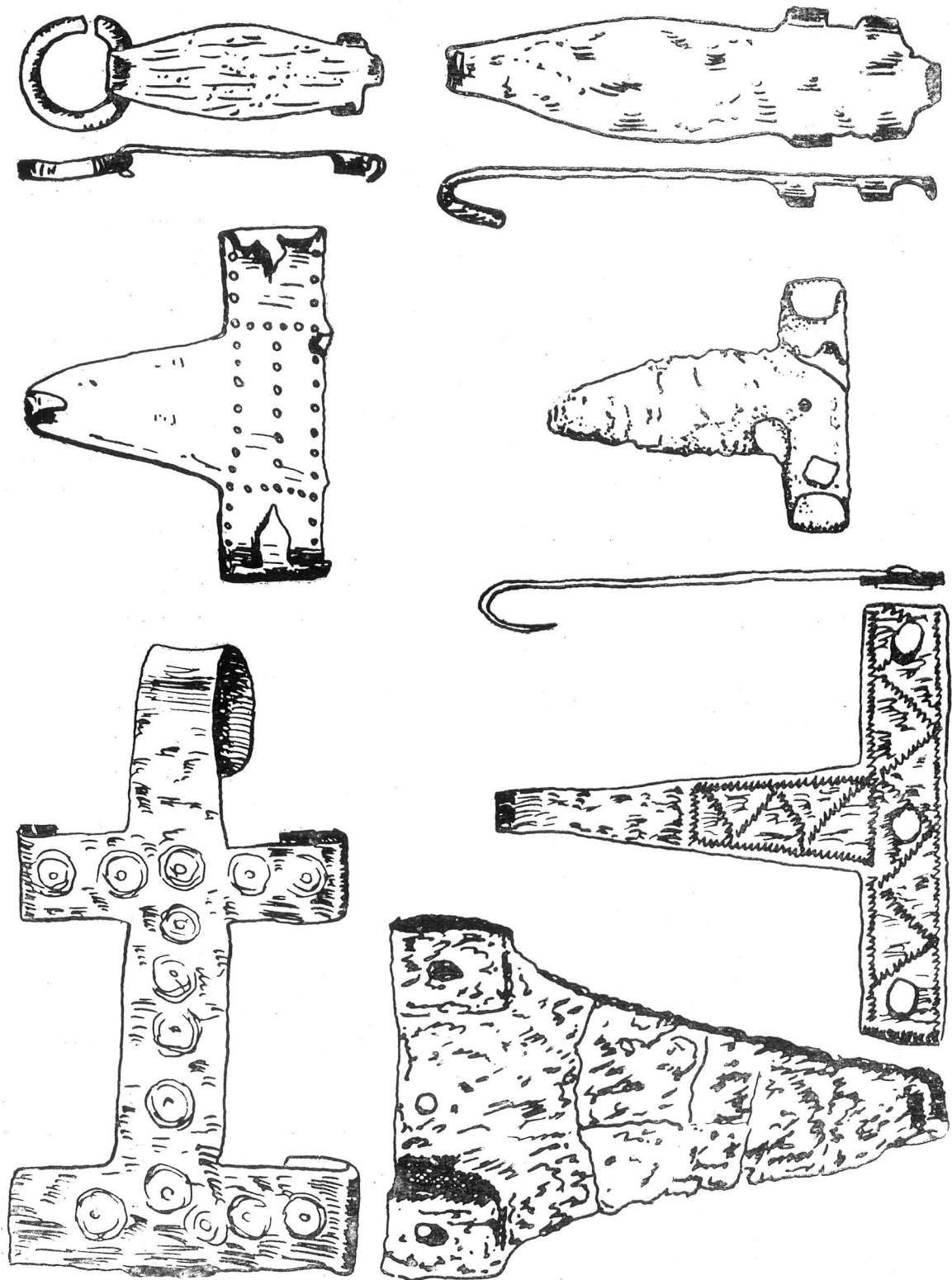


Fig. 3. — Broches de cinturón hallstáticos. 1-2, 5-6: Hallstat. 3: Essey-les-Caux (Haute Marne).
4: Börniche (Nauen, Alemania). 7: Cortes de Navarra. Nivel Pla.

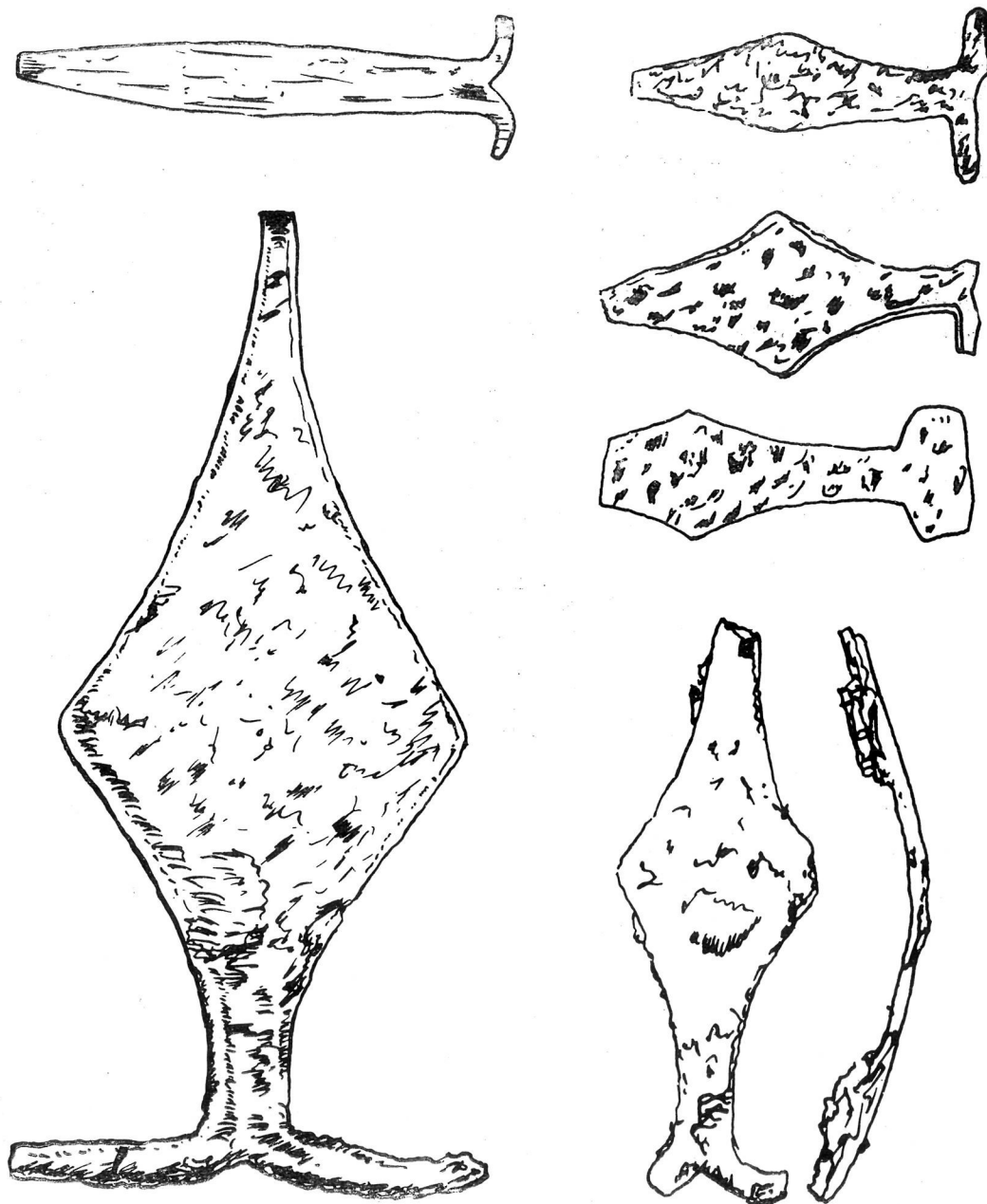


Fig. 4. — Broches de cinturón con patillas. 1, 3, 6: Necrópolis de Hallstatt. 2: Huglfing. 4-5: Staatswald Muhlhart (Fürstenfeldbruck).

prueba la convivencia de ambos tipos. Tres broches de sujeción con remaches son sin duda el antecedente más próximo de nuestros broches (Fig. 6, 4-6): el primero⁴ está decorado con puntillados en un círculo central, y en toda su superficie presenta remaches que pueden ser de adorno o de unión al cinto, siendo para este destino, sin duda, los de mayor tamaño de la base; el segundo es del túmulo 8 de Wielenbach (Weilheim), y es análogo al anterior, incluso en decoración, casi desaparecida; y el último es del túmulo 7 de Huglfing (Weilheim). En general todos estos broches son de chapa de hierro. El broche del túmulo 8 de Traubing (Starnberg), también de hierro (Fig. 6, 7) es de rombo muy alargado, con sujeción de remaches, y en vez de gancho presenta una anilla. Como la hembra es otra, falta sin duda un doble gancho metálico, o se ataba con correas. Apareció con fíbula de doble espiral. Para Kossack las piezas del primer grupo que describimos al

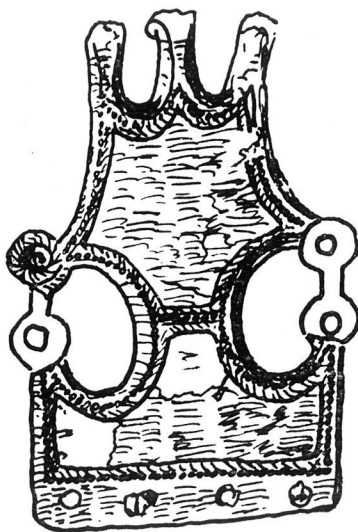


Fig. 5. — Broche de tres ganchos de Cerno Lanzo (Ponzols Minervois, Aude).

principio, alargadas con lados curvos y aletas dobladas, aparecen en Wurtemberg, Baden, Suiza y O. de Francia, en el Hallstatt C. (700-600) y las romboidales del Sur de Baviera, de donde son todos los hallazgos mencionados, en el Hallstatt D. 1 y 2, y por tanto del 600-500 a. J. C.

Creemos que no debemos insistir sobre la relación evidente de estas placas romboidales con las hispánicas, pero ¿por dónde llegaron a la península? Entre los materiales de Cortes de Navarra, tenemos una pieza triangular con aletas de sujeción al cinto y además tres remaches. Su semejanza con las piezas de gancho triangular es cierta. Maluquer⁵ sitúa este hallazgo en el nivel PIa, es decir, según su cronología rectificadora, entre 550-440, lo que viene bien con las fechas del Hallstatt D en el S. de Alemania y Suiza, pues evidentemente el tipo de Cortes es muy evolucionado y debe ser más reciente. También el broche de Cortes incompleto, de lados ondulados (Fig. 6, 9) es para nosotros un trozo de broche del tipo del hallado

⁴ Según NAUE, *Hügelgräber*. Lám. XXXI, fig. 1.

⁵ J. MALUQUER. *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra*. Pamplona, 1954, 145.

en la tumba 505 de Hallstatt (Fig. 6, 8), que iba unido a un cinto de chapa y cuyo gancho es romboidal, o por lo menos del mismo estilo.

Esta tumba corresponde al Hallstatt reciente y por tanto fechable según Aöberg⁶ del 500-400 antes J. C. Maluquer colocó el de Cortes en el nivel PIIB (650-550), pero tal vez pueda pertenecer a principios del nivel superior Ia, con lo que habría coincidencia de fechas. Ello es posible, puesto que la separación de IIB y Ia la hace un incendio, siendo admisible una reconstrucción inmediata y por tanto una continuación de los elementos culturales. Sea como fuere, parece evidente el origen europeo de estos broches y su entrada a través de los Pirineos. Ejemplares hallstáticos de los broches romboidales, no tenemos claros en la península, pero el hecho de que existan evolucionados no sólo en ésta, sino en el S. E. de Francia, indica que las piezas originales fueron anteriormente conocidas. Anteriores a estas series son las piezas de Cortes de Navarra, de nuestra figura 6, 2, cuya placa es rectangular, y que según Maluquer corresponde al nivel IIIa, con cronología 850-785. Parecida es la aragonesa de la (fig. 6, 3) aunque tal vez es de más baja época.

La influencia de los broches romboidales hallstáticos, se manifiesta también en el Languedoc. Allí el broche de cinturón, tiene tendencia al triángulo isósceles, por alargamiento de la parte del gancho, y además presenta dos aletas en la unión con las curvas de las escotaduras laterales, que se van desarrollando hasta ser circulares y muy adornadas (Fig. 2, 5-8). El mismo tipo se encuentra en localidades españolas, como en la necrópolis de La Atalaya, de Cortes de Navarra (Figura 3, 1-4). Sin embargo, este tipo de broches, con decoración característica de granulados, resulta peculiar del S. E. francés y no puede considerarse como perteneciente el mismo grupo de los broches de nuestro estudio. En cuanto a su cronología resulta más exacta que para las placas españolas, gracias a la aportación de elementos clásicos que las acompañaban en los yacimientos en que fueron halladas.

Las placas más antiguas de la serie son las de la necrópolis de Fleury (Figura 2, 8) y de Azille, cuyo material parece muy antiguo y tal vez perteneciente al 2.º período del Languedoc⁷. Sin embargo, los investigadores creen, por el mucho material de hierro, que se debe incluir en el período 3.º del Languedoc. Ambos broches, idénticos de aspecto, parecen directamente inspirados en placas romboidales antiguas, aunque enriquecidos por los adornos calados que los adornan. También avalora esta hipótesis el tener agujeros para remaches en los dos vértices laterales, que en este caso no están tan marcados como en las demás piezas de la serie. Ello nos llevaría a dar al broche una fecha entre 600-550 o sea, en el mismo período en que se desarrollan los broches romboidales en el Sur del Alemania.

Por ello habría que colocar la pieza al fin del período, es decir sobre el 550 antes de J. C.. Las demás piezas del Languedoc, son más recientes, y suelen ir acompañadas de placas de varios garfios. En general corresponden al período 4.º (Cayla II-Grand-Bassin II), fechable por sus investigadores, con cronología corta, entre 550-475 antes J. C. En el mismo período se incluyen broches de tres garfios con escotaduras cerradas por barras con círculos extremos. Parecidísimos son los

6 AÖBERG. *Bronzezeitliche Chronologie*. Stockholm, 1930.

7 M. LOUIS y O. y J. TAFFANEL. *Le premier âge du Fer Languedocien*. Bordighera.

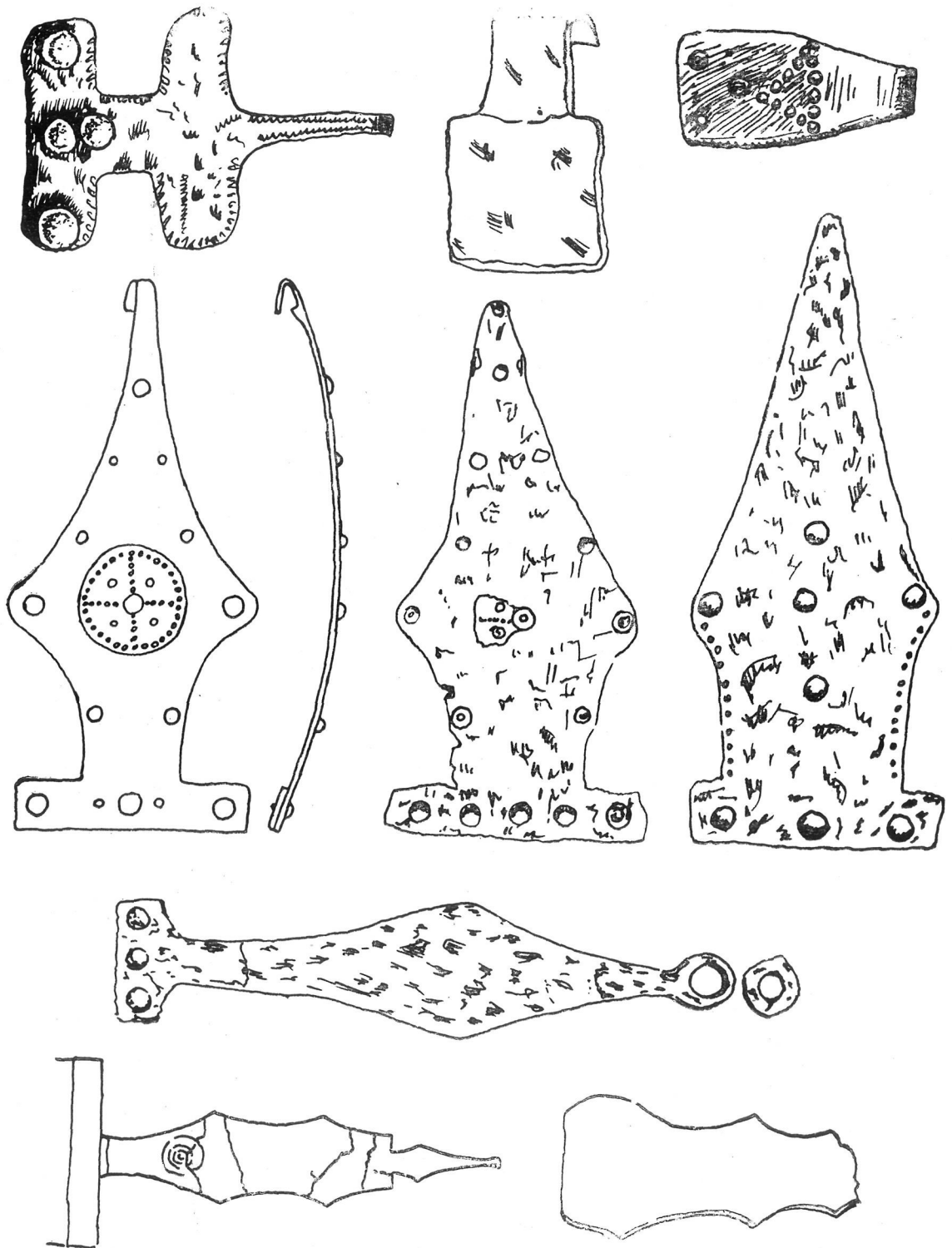
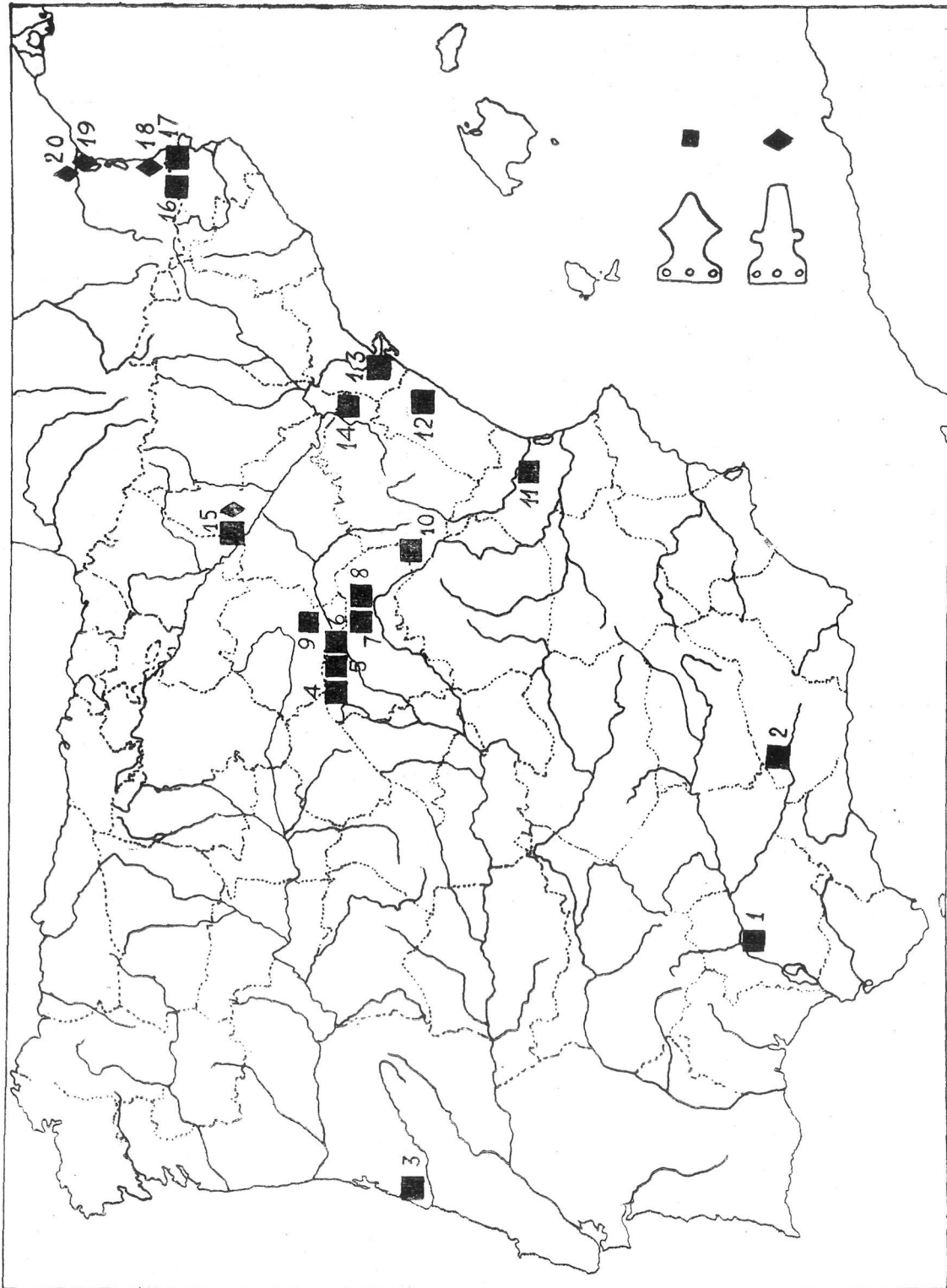


Fig. 6. — 1: Broche de la tumba 729 de Hallstatt. 2: Broche del nivel P. III a de Cortes de Navarra. 3: Tossal Redó. 4: Baviera. 5: Wielenbaek (Sur de Baviera). 6: Huglfing (Sur de Baviera). 7: Traubing (Starnburg, Baviera). 8: Broche del cinturón de la tumba 505 de Hallstatt. 9: Broche de Cortes de Navarra.



LOCALIDADES	SIGLOS					AUTORES
	VII	VI	V	IV	III	
HALLSTATT		■				KROINER
SUR de BAVIERA		■				KOSSACK
CORTES de NAVARRA	■ ^{IIb}	■	■ ^{Ia}			MALUQUER
FLEURY (AUDE)		■				
CORNO LAUZO (MAILHAC) (Tres garfios)		■				TAFFANEL (OyJ)
ACEBUCHAL (SEVILLA)			■			
AGULLANA (GERONA)		■				PALOL
TOSSAL REDÓ (TERUEL)			■			BOSCH GIMPERA
SAN ANTONIO de CA. LACEITE (TERUEL)				■		
VALDENOVILLOS (GUADALAJARA)				■	■	
CLARES (Guadalajara)			■	■		ALMAGRO
LA ORIOLA (Tarragona)		■	■			
O CRASTO (Portugal)			■	■		
GRIEGOS (Teruel)			■	■		LOUIS y TAFFANEL
GRAN BASSIN II (AUDE)		■	■			
LA PAVE (P.O)		■	■			
CAYLA II (AUDE)		■	■			
FRUZET (HERAULT)		■	■			
PENINSULA		■	■	■		NOSOTROS
GOLFO de LEON.		■	■			

de Grand-Bassin II (tumba 14)⁸ y el de Corno Lauzo (Fig. 5) que se fecha por la cerámica griega que le acompañaba⁹, un kylix ático de figuras negras del estilo de los "pequeños maestros" (550-540 a. J. C.) y una copa jónica negra (580-540 a. J. C.). Se fecharía, pues, la pieza de Corno Lauzo, a mediados del siglo VI. Vemos pues que como ya hicieron notar Maluquer en Atalaya y Louis y Taffanel en su obra citada, no puede seguirse rigurosamente la serie de Bosch, para el desarrollo de estos broches, puesto que conviven los principales tipos, y si bien seguimos creyendo que los de un solo garfio empezaron siendo los más antiguos, pronto aparecieron de dos y tres, conviviendo con aquéllos. Indistintamente cada forma siguió su evolución, y una etapa de ella son las placas objeto de este trabajo. Pero, ¿son anteriores las placas francesas que acabamos de ver? Por desgracia, nuestra cronología es más incierta, por falta de materiales clásicos.

La pieza de Agullana está decorada con líneas de dientes de sierra, y lo mismo ocurre con muchas piezas de Hallstatt (Figs. 6, 1 y 3, 6). Está, pues, nuestra placa, cerca de sus prototipos hallstáticos. La fecha que le da Palol¹⁰ es 2.^a mitad s. VI. Las demás, con acanalados rellenos de pasta vítrea, nos rebajan la cronología, ya que esta técnica parece particular de La Tene, como sucesora de las incrustaciones de coral. Si aceptamos que se inició entre 480-500 a. J. C., nuestros broches han de ser posteriores, y por tanto corresponden a la última fase del desarrollo de los de garfio único, que serían así posteriores a los del Languedoc y con evolución diferente.

La imposibilidad de estudiar las colecciones del Marqués de Cerralbo, hoy en el Museo Arqueológico Nacional en espera de reinstalación, nos impide profundizar en el estudio de los broches de la Meseta. Si consideramos la cronología de Bosch Gimpera¹¹, las necrópolis de Aguilar de Anguita, Olmedo y Clares, corresponden a su período I (s. V. al 2.^o tercio del IV) y Valdenovillos al II (Fines s. IV, principios III), por tanto entre estas fechas, podríamos colocar los broches de estas necrópolis. Tossal Redó nos da una fecha en el s. V, período en que vive el poblado. O Crasto y Griegos tienen broches con el gancho más alargado, que tal vez sea signo de mayor antigüedad, pero debieron ser contemporáneos de los de Acebuchal y Tossal Redó, es decir, fechables en el s. V. En Atienza, Valdenovillos y Clares hay otros tres broches de tipo más evolucionado (Fig. 1, 8-10) que se colocan en el s. IV; y por último, el de San Antonio de Calaceite, más simplificado, que se fecha a fines del s. IV por los materiales ibéricos que le acompañan. Recientemente conocemos, gracias a la amabilidad de su descubridor, don Miguel Esteve, dos piezas más, una de la Oriola (Amposta, Tarragona), sin decoración alguna al decir de aquél, y otra de El Boberol de Benicarló. El ambiente de la Oriola, es el de la necrópolis del Gran Bassin II, con urnas ovoides provistas o no de asas, tapadera con perilla, cortada en fresco del vaso total, con apéndices coincidentes con las asas, perforados con ellas verticalmente, y con decoración de bandas marrón. Se da también el broche de tres garfios, algo más reciente que el de Corno Lauzo, o por lo menos más evolucionado. La cronología de esta necrópolis es la de Gran Bassin II, 550-475 a. J. C.

8 *op. cit.*, nota 7, T. II, pág. 65.

9 O. y J. TAFFANEL. *Deux tombes de chefs a Mailhac. Gallia XVIII*. París, 1960.

10 P. PALOL. *La necrópolis hallstática de Agullana*. Madrid, 1958.

11 P. BOSCH GIMPERA. *Los celtas y la civilización céltica en la Península Ibérica. Bol. Soc. Española de Excursiones*. T. XXIX, 1921.

Resumiendo (Fig. 7), los broches romboidales de Hallstatt y Sur de Baviera se desarrollan durante el período hallstático reciente (600-500) llegando prontamente al Languedoc y Península Ibérica, ya que las piezas de la primera zona se encuentran desde principios del s. VI, y en Agullana en la segunda mitad del mismo. Tanto en Languedoc como en Cataluña, se desarrolla el tipo alargado, de un solo gancho que adquiere dos y tres en brevísimo plazo. En cambio el tipo Agullana del que vemos algunos ejemplares en la Atalaya de Cortes de Navarra, Perelada y en La Oriola, se desarrolla independientemente al mismo tiempo que el otro grupo, enriqueciéndose con decoración de pasta vítrea en el s. V, para volver a la sencilla a finales del IV.

A la vista del mapa (Fig. 8), la distribución geográfica de las piezas acusa un desarrollo de los broches con acanaladuras en la Meseta, con extensiones a Portugal, Levante y Andalucía, pero con sólo las piezas del Acebuchal e Illora (Granada) al Sur del Tajo. Los broches alargados y con apéndices laterales, quedan localizados en el Golfo de León. Es curioso que nuestros broches aparecen en localidades donde las fíbulas corrientes en los tiempos en que ellas se emplearon, son las de pie largo vuelto con botón terminal. Ello acusa, puesto que muchas veces aparecen juntos, contemporaneidad, y de aquí el interés de estos broches para la cronología de aquellas piezas y de los materiales de finales de la 1.^a edad del hierro y principios de la 2.^a. — E. CUADRADO.

ALGUNAS CONSIDERACIONES LINGÜÍSTICAS-GEOGRÁFICAS EN TORNO A LA ESPAÑA PRERROMANA

Durante mucho tiempo, en el campo de las lenguas prerromanas, tal como era visto desde más allá del Pirineo parecía existir una gran confusión de ideas al englobarse frecuentemente en el término "ibérico" todo lo existente al S. de la Galia. Muchos parecían haberse olvidado que también en nuestra Península se hablaron lenguas indoeuropeas antes que el latín, especialmente lenguas emparentadas con el antiguo céltico. Hoy, afortunadamente, conocidos fuera de España los numerosos trabajos salidos de la pluma de algunos estudiosos españoles sobre los problemas lingüísticos prerromanos, especialmente los de D. Antonio Tovar y D. Manuel Gómez Moreno, el genial descubridor de la escritura ibérica, empiezan a aparecer más allá de nuestras fronteras excelentes trabajos que enfocan debidamente los aspectos lingüísticos prerromanos de Hispania.

Citemos, p. ej., algunos de los más recientes y valiosos, como *Celtiberica*, de M. Lejeune (Salamanca, 1955), *Die Sprachen der Vorkeltischen Indogermanen Hispaniens und das Keltiberische*, de U. Schmoll (Wiesbaden, 1959), y como más reciente el que ahora nos ocupa.

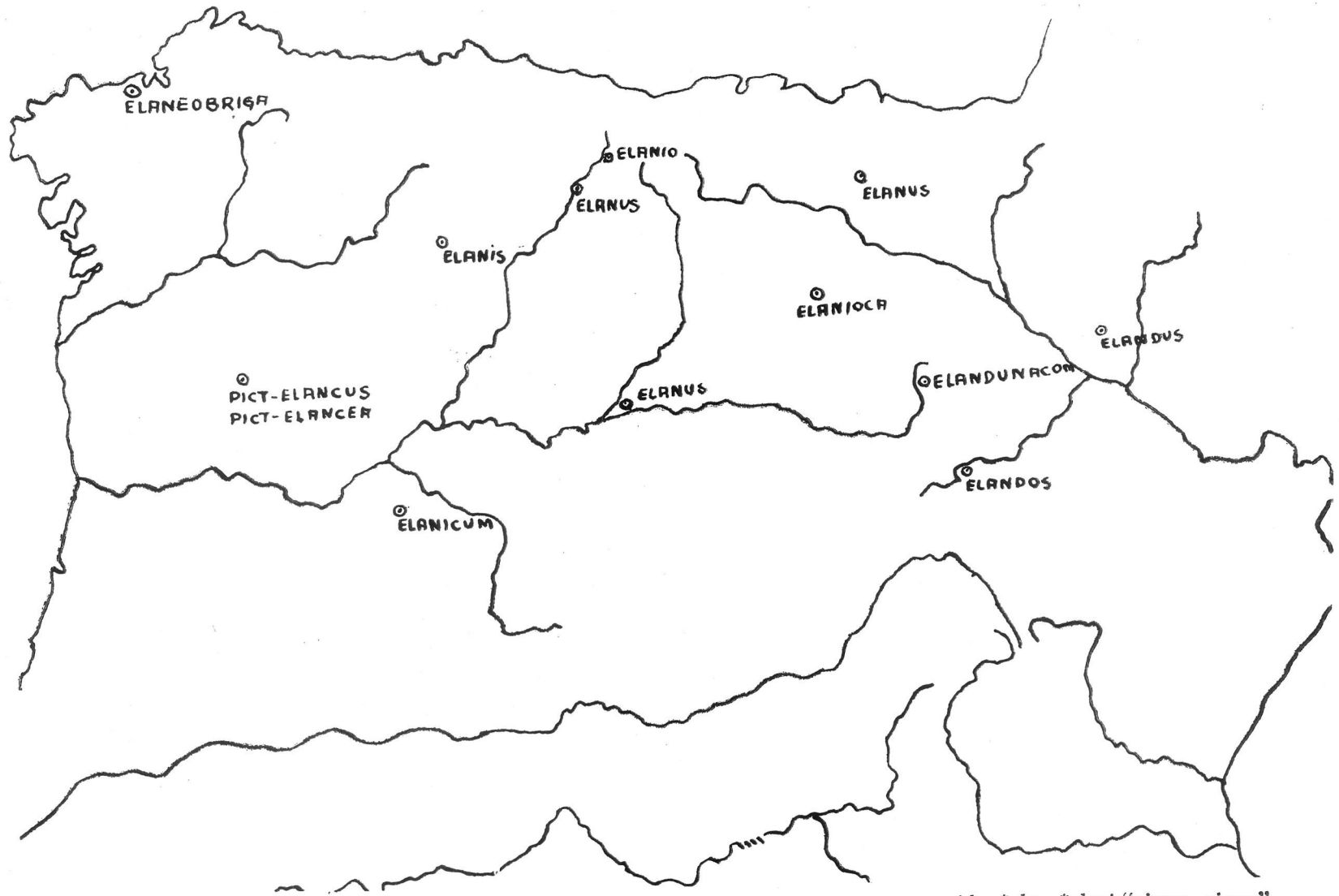
El trabajo de J. Untermann es sólo una conferencia pronunciada en mayo de 1960 en la Universidad de Tubinga. Por tal motivo no podemos pedirle mucha extensión ni muchas precisiones en los problemas que toca. Con todo nos ha parecido que se pueden hacer sobre él algunas observaciones.

Untermann pretende llamar la atención sobre la situación geográfica de los datos que tenemos de las lenguas prerromanas peninsulares, para de ahí deducir su extensión, sus zonas de difusión y aun sus movimientos a través de la Península. Según él, hasta ahora se había atendido casi únicamente a considerar la posible filiación lingüística de los textos conocidos en relación con el celta, ilirio, ligur, vasco, etc., pero se había fijado menos la atención sobre la localización geográfica de estos textos. Antes de seguir adelante debemos indicar que ya se han hecho en nuestra Península estudios filológicos con consideración de la situación geográfica de los hablantes. P. ej., D. Antonio Tovar en su artículo *Lenguas Prerromanas no indoeuropeas: testimonios antiguos*, de la *Enciclopedia Lingüística Hispánica*, I, Madrid, 1959, y otros trabajos (vid. *Zephyrus* VII, p. 81 ss.) había ilustrado con mapas la situación de los hallazgos para deducir de ello consideraciones lingüísticas. Asimismo, en la comunicación presentada al *V Congreso Internacional de Ciencias Onomásticas*, Salamanca, 1955 (*Actas*, Salamanca, 1958, II, p. 95 ss.), *Topónimos con -nt- en Hispania*, y *el nombre de Salamanca*, un interesante mapa acompaña a su estudio y permite ver su difusión. Nuestro compañero de estudios, Sr. Rubio Alija, en la primera parte de su tesis doctoral *Españoles por los caminos del Imperio Romano, Estudios epigráficos-onomásticos en torno a Reburus y Reburinus* (Buenos Aires, 1959), a fin de establecer las bases de su trabajo, hace varias consideraciones de geografía lingüística, recogiendo justamente en mapas varios de los nombres personales que también estudia Untermann. Y en nuestra propia tesis doctoral (en prensa), *Estudios sobre la onomástica personal primitiva de la Península Ibérica*, hemos hecho lo mismo, coincidiendo igualmente en la selección de algunos nombres con Untermann y Rubio y fijándonos también en otros elementos interesantes como la distribución de los sufijos *-nc-* y *-nd-*, y el segundo elemento de composición, *-genos*, etc.

El campo no estaba, pues, intacto, pero con todo, bien está el insistir sobre tan interesante aspecto.

Los datos sobre los que se basa el estudio de Untermann son casi los únicos hoy disponibles, la toponimia y la onomástica personal. Y así vemos que a base de los topónimos en *-briga* por una parte, y de los topónimos y antropónimos que presentan una base *Ili-, Ilu-, Ilti-, Iltu-* se puede establecer una frontera lingüística bastante marcada. Se plantea el autor el problema de las zonas de contacto entre los indoeuropeos, en este caso celtas, y los iberos en la región celtibérica, concretamente en Peñalba de Villastar, y hacia el Mediterráneo, por Segorbe (**Sego-briga*), cerca de Sagunto. En la interpretación tradicional de la Historia de España, siempre se ha dicho que los celtíberos fueron celtas que se extendieron sobre tierras de iberos. Es difícil precisar la autenticidad de esta afirmación que aún hoy aprenden los niños en las escuelas, pero es cierto que la antroponimia indoeuropea penetra en el área de los topónimos ibéricos de varios modos. No sólo encontramos antropónimos indoeuropeos aislados, como los *Ambati* de Liria y Villar, o los *Reburri*, nombre preindoeuropeo o protoindoeuropeo, típico del Occidente peninsular, de Tarragona, Vivel, Villajoyosa, y varios de la Bética, etc. Estos nombres que son de época romana apenas nos dicen nada sino sobre la facilidad de los viajes en el Imperio. Recordemos como muestra, que el mismo *Cexaecus* o *Ceraecius Fuscus* que en Chaves ofrece un sacrificio a *Hermes Deuorix*, muere en Tarragona, como lo demuestran las inscripciones *CIL* II, 2473, y 4204. Otros datos son quizá más interesantes en este aspecto: el que algunos nombres ibéricos típicos parezcan ofrecernos un elemento indoeuropeo, p. ej. *Bo . u . ti . n*. (Liria) y *Bo . u . tin . ti . ba . s*. (Tivisa) frente a *Boutius*; *Tautin-dals*, de la *Turma Salluitana*, frente al aquitano *Tautinnus* y los españoles *Tautius*, *Tautalos*; *U . l . ti . be . l . e . s* y *U . l . ti . te . ce . r* (Ampurias y Castellón de la Plana) frente a los vénetos e ilirios *Voltigeneios*, *Voltiomnos*, *Voltimesis*, etc.; *A . r . gi . be . s . ce* (Liria), *A . r . gi . ti . ba . s* (Enserune), *A . r . gi . ti . ce . r* (Castellón de la Plana), frente a *Argilicus*, etc.; *Turcir-adin* (Sofuentes) frente al español *Turcilius* y fuera de la Península, *Turciacus*, *Turcius*, *Turconus*, etc.; *A . i . u . n . e . s . ce . r* (Azaila), y *A . i . u . n . i . ba . i . s . e . a . ce* (Sagunto), frente al nombre celtibérico *Aius*, atestiguando en la región central de la Meseta Norte (Vid. sobre este problema, nuestra comunicación al *VI Congreso Internacional de Ciencias Onomásticas*, Munich, 1958, *L'Indoeuropéen et l'Anthroponymie Ibérique* [en prensa]). Otro dato interesante que apunta el problema de la localización de Segorbe (**Sego-briga*) frente a otros topónimos, es el de la propia ciudad de Sagunto. Su radical a primera vista no parece ibérico. El sufijo *-nt-* mucho menos. (Vid. TOVAR, *Topónimos en -nt- en Hispania*, *Actas del V. Congreso Internacional de C. O.*, II, p. 112 s.). Que eran algo aparte respecto a sus vecinos nos lo indica la propia historia, en relación con el ataque de Aníbal. Tito Livio habla de un Alco Saguntinus (XXI, 12, 4), con nombre indoeuropeo, que va a parlamentar con el cartaginés. En nuestro estudio de la antroponimia hispánica nos ha sorprendido más de una vez la presencia de nombres indoeuropeos en Sagunto. ¿Habrá que concluir que la expansión de los celtíberos de la Meseta alcanzaba el Mediterráneo por esta zona, o al menos lo alcanzó en algún momento y quedó como un resto de su influencia la posición especial de Sagunto entre sus vecinos ibéricos?

Por otra parte las influencias y aun penetraciones inversas de los iberos en tierras celtibéricas, principalmente por la escritura, y también por algunos antropóni-



ide. *eln-, *elani "ciervo, cierva"

nimos, p. ej. *Arraedo* (S. Esteban de Gormaz), *Arragenus* (un lusitano) frente a *Arranes* (Egea de los Caballeros), o *Astolpas* (suegro de Viriato) frente a *A.i.u.ba.s* (Liria), *Bi.l.o.s.ti.ba.s* (Enserune) y *Bilustibas* (de Zaragoza), etc., creemos que se deben primordialmente a la superioridad cultural, bien demostrada por la arqueología, de los iberos sobre los pueblos celtas de la región central. En este mismo sentido de superioridad cultural ibérica explica Michelena (*De Onamastica Aquitana, Pirineos X*, p. 455) la presencia de elementos comunes en el ibérico y el grupo eúscaro, vasco y aquitano.

Pasemos ahora a ver algunos de los mapas que ha presentado Untermann en su trabajo. Como ya hemos indicado, recoge en los mapas n.ºs 2, 3 y 4 los topónimos en *-briga*, celtas, y los ibéricos en *Ili-*, *Ilu-*, *Ilti-*, *Iltu-* (sobre este radical ibérico, vid. U. SCHMOLL, *Die Wortstämme iltir und iltu in der hispanischen Namenbildung, Die Sprache VI*, p. 46 ss.), señalando la frontera que entre ambos se establece y que es la que parece indicar de un modo más claro las dos zonas lingüísticas peninsulares, la iberizada y la indoeuropeizada. Al mapa de *-briga* le podemos añadir un nuevo nombre, *Elaneobriga*, al parecer hoy Lañobre cerca de La Coruña (Vid. RUBIO ALIJA, *op. cit.*, p. 53 s.). En el que recoge los topónimos ibéricos en *Ili-*, *Ilu-*, se incluyen también algunos antropónimos que presentan los mismos radicales. A ellos podríamos añadir *Ildróns* (Las Vírgenes, Baena), *I.l.du.ta.s* (Sinarcas), *Illurtibas* (Zaragoza) y hasta *Ilerdes*, nombre propio de origen toponímico que menciona Silio (XVI, 566, 571); y como segundo elemento de composición, *A.ba.r.i.l.du.r* (MLI 22), *Bios-ildun* (La Serreta), *Ins-ilur* (Albanchés), *Vmar-illum* (*Libensis*, Bronce de Ascoli) y probablemente *Ba.l.ca.ca.l.du.r* y *Ba.l.ca.l.du.r*, de Sagunto.

Continuando con los topónimos ibéricos recogidos en los mapas n.ºs 16 y 17 en *-ippo* y *-uba* el primero y en *-ici*, *-ucci*, *-urgi* el segundo, creemos que en el primero debe excluirse *Salduba* (Zaragoza), ya que el nombre primitivo de la ciudad no era *Salduba*, sino *Salduia* o *Saltuia* como nos lo indican las leyendas monetales *S.a.l.tu.i.e* y el adjetivo latino *Salluitanus* (cf. *ll = lt o ld*), del Bronce de Ascoli. Vid. sobre esta cuestión U. SCHMOLL, *Turma Salluitana, Glotta XXV*, ps. 304 ss. Con esto queda mucho más delimitada el área de los topónimos en *-ippo* y *-uba*, preferentemente atestiguados en la región meridional de la Península.

En el segundo mapa citado debe excluirse *Conistorgis*, que lo mismo que *Am-torgim*, mencionado en la p. 34, pero no señalado en el mapa, no presenta el elemento ibérico *-urci*, sino el ilirio *-torgis*, que Tovar (*BzN*, 1957, p. 278 ss.), relaciona con los topónimos ilirios *Bou-dorgis* y *Kori-dorgis*, y Schmoll en *Die Sprachen der Vorkeltischen Indogermanen*¹, ps. 32 y 84 s., interpreta *-torgis* como "mercado", del ide **trg-*, en ilirio y véneto **terg-* (cf. en la onomástica iliria *Tergitio Negotiator*, Krahe, *Die Sprache der Illyrier I*, p. 72), extendiendo esta interpretación incluso al lusitano *Turgalium* (Trujillo). También siguiendo a Schmoll habría que excluir del mapa *Lacimurgi*, por estar basado en el ide. **mrg-* "pantano".

Pasemos ahora a ver los nombres personales indoeuropeos que Untermann ha

1 Por comodidad vamos a citar esta obra con la abreviatura *Hisp. Idg.* de aquí en adelante.

Vid. su referencia completa al comienzo del artículo.

recogido. Encontramos en primer lugar el n.º 5 con los radicales *Pent-*, *Pint-*, relacionados con el numeral ide. **penkwe* "5", radicales también estudiados y puestos en mapa en el trabajo ya citado de Rubio Alija y en nuestra tesis (n.ºs 7 y 5, respectivamente). Comparando los tres mapas podríamos completar los de Untermann y Rubio con varios nombres más de radical *Pint-*: *Pintamus* (Trujillo), *Pintanus* (Villamesía, Trujillo), *Pintilus* (CIL XIII, 7037) *ex coh. Aestureru(m) et Callaecoru(m)* y un nuevo *Pintouius* de Cerralbo (Salamanca) encontrado en 1956 por D. Juan Maluquer. Con estos nuevos nombres se amplía el área del radical *Pint-* hacia el sur con tres lusitanos más, dos de ellos cerca de Mérida², donde estaba el hallazgo más meridional, y otro en la región salmantina no lejos de los homónimos de Saldeana, Moral y Villalcampo. or su parte *Pintilus* extiende el área de este radical hacia el N., ya sea astur ya galaico el que lo llevase. Hay que observar también que el nuevo *Pintouius* de Cerralbo hace que el *Pentauius* de Yecla de Yeltes quede dentro del área de los *Pint-* que son todos occidentales, en una situación muy similar a la de la región de contacto de Villalcampo, por la proximidad de ambas localidades. Sobre la riqueza onomástica de esas regiones de evidentes interferencias lingüísticas, vid. RUBIO ALIJA, *op. cit.* p. 51, s.

No nos ha parecido muy adecuado para los fines que al parecer pretende Untermann con sus mapas, fijar los hechos lingüísticos de la Hispania celtizada, el nombre *Ammius* y sus derivados recogidos en el mapa n.º 6, ya que, aunque la mayoría de los hallazgos coinciden con la línea de los topónimos en *-briga*, estos nombres, por estar basados en una voz infantil, *amma*, "madre", no tienen una filiación lingüística definida. Compárese este mapa con otro similiar presentado por Rubio, el de *Anna*, y el comentario que hace en la p. 22 de su obra. Cf. también p. ej. la presencia de los nombres *Atitta* de Alcalá del Río, Carmona y La Maiena, en relación evidente con la onomástica ibérica (el primero es el padre de un *Urchail*, nombre idéntico a *O.r.ca.i.l*, o *U.r.ca.i.l* de una moneda turdetana).

El mapa n.º 7 (n.º 6 en Rubio y n.º 3 en nuestra tesis) nos presenta la difusión de los radicales *Clout-*, *Clot-*, *Clut-*, es decir, el ide. **kleu-* "oir". A los nombres y lugares señalados por Untermann podemos añadir algunos más, tales como un *Clutamus* y un *Cloutius* (CIL III, 2016), procedentes de *Curunda*, la ciudad donde se firmó el pacto de hospitalidad de los Zoelas (Cf. CIL II, 2633), nombres que se repiten entre los firmantes del citado pacto. También varios *Cloutius* de Coruña del Conde, Alba de Aliste, Alcañices, más hallazgos de Villalcampo y otro aislado de Almodóvar del Río. Además *Clodamenis* gen. de Viana del Bollo; *Claouti* de Logrosan, y *Clutati* de Mahón (lectura dudosa), en Menorca. (Vid sobre la antroponimia balear, nuestro trabajo *Indoeuropeos o Iberos en Baleares?*, *Emerita* XXIV, p. 235 ss.), y en segundo elemento de composición, *Vesucloti* de Lugo. De la distribución geográfica de todos estos nombres se deduce que se concentran principalmente en la zona occidental de las provincias de León, Zamora y Salamanca, con penetraciones hacia Galicia y región bracarense, y otra agrupación en la provincia de Badajoz, con algunos hallazgos aislados en el N. de León, en Burgos, en la Bética y en Baleares.

2 En el mapa de Rubio Alija, probablemente por errata, se ha situado Mérida sobre el Tajo, en lugar de hacerlo sobre el Guadiana.

Camalus, un nombre típicamente hispano, es el objeto del mapa n.º 8 (n.º 2 en Rubio). A los hallazgos recogidos por Untermann podemos añadir los de las localidades de Moncorvo, Crémenes, Lugo, y en Lusitania, Villar del Pedroso (tres nombres), Moraleja, Estoraos y Beira Baja. La concentración mayor de este nombre se presenta sobre todo en el *Conuentus Bracaraugustanus*, con bastante difusión en la región lusitana comprendida entre Duero y Gadiana. Los hallazgos de Crémenes y Logroño quedan aislados. Además de *Camalus*, *Camala*, se encuentran *Camalius*, *Camalia*, en Villar del Pedroso y Ricobayo, respectivamente.

No entramos en el detalle del mapa n.º 9 sobre *Tal-*, al cual solamente señalamos que hay que añadir un femenino *Daleua*, con inicial sonorizada, correspondiente a *Taleuus* (Belvís de Monroy) que se encuentra en Riba de Sahelices, Guadalajara, y que, como el gentilicio *Talauorum* de Javier, está aislado de los demás hallazgos del radical, que se extienden por el N. O. de la Península. En cambio los nombres de radical *Tong-* (mapa n.º 10) son casi exclusivamente lusitanos.

Más detalles dignos de mención ofrece el mapa n.º 11, *Boutius*, *Boutia* (n.º 1 de nuestra tesis). Este se puede completar con seis nuevos lugares de hallazgo: Navalmodal, Vega de Medellín, Robledillo de Trujillo, Seguras de Arriba, Hontoria de la Cantera y la antigua *Intercatia*. (La inscripción ha sido hallada en Lara, pero dice claramente *Intercatiensis*). Además las formas reducidas *Botia* de Sasamón y *Botilla* de Cáceres, así como los ibéricos *Bo . u . ti . n . ti . ba . s* (Tivissa) y *Bo . u . ti . n* (Liria). Todo esto sin referirnos a la forma reducida y sonora del radical *Bod-*, principalmente atestiguada en la región astur-leonesa, zona de gran riqueza onomástica y donde la lenición es visible en otros muchos nombres como *Cludamus* (de *Clutamus*), *Douiderus* (frente a *Douiterus*), *Douidena* (frente *Douitena*), *Ambadus* (frente a *Ambatus*), etc. Estos nombres son *Bodecius* (de los Zoelas), *Boderus* (Sorribas), *Boddus* (Aguilar de Campóo, Argovejo, Corao, Liegos, Cangas de Onís); *Boddegun*, gentilicio de Aguilar; *Bodiuesus* o *Bodiuescum* (orig. *Bodiues*), nombre o gentilicio de Sorribas; y el teónimo de Villapalos *Bodus*. Además en la Bética tenemos *Bodilcos* y *Bo . di . l . co . s* en Obulco (Porcuna), *Bodo* en una moneda de Alcalá de los Gazules y *Bodon*. *Ilur* (*conensis*?) en Arjonilla, aunque si está bien restablecida la abreviatura procede de Pinos Puente. Los *Boutius* que aparecen fuera de España probablemente son de origen hispánico, como ocurre con la mayoría de los *Reburrus* y otros personajes con nombre típicamente español que encontramos diseminados por el Imperio.

Uno de los nombres más característicos de la Península, cuyo único hallazgo extrapeninsular corresponde a un español, un *Aligantiensis* (CIL III, 4227), es *Douiterus* y su femenino *Douitena*. Untermann recoge estos nombres en el mapa 12 y en nuestra tesis aparecen en el n.º 4. Podemos completar el de Untermann con algunos nombres más, p. ej., el *Aligantiensis* mencionado, en la forma *Douiderus*, y *Dobiterus* de Mérida y Trujillo; además creemos que el *Doiterus* de Pedrosa del Rey (CL, p. 43) está mal situado en el mapa, ya que al parecer se ha confundido a Pedrosa de la provincia de León, partido de Riaño, con su homónimo de la provincia de Valladolid, partido de Tordesillas. Esto nos permite señalar una zona de concentración del nombre en la cuenca superior del Esla y sus proximidades de la región cántabro-astur, y otra zona de relativa concentración hacia la confluencia del Tormes con el Duero y sus cercanías, con algunos hallazgos más difusos de *Doidena*, *Doitena* en Castilla y Navarra y del masculino *Dobiterus* por Extremadura. Otra cosa nos permite observar este nombre, a la que ya

hemos aludido a propósito de *Boderus* y *Cludamus*, etc. Todos los nombres de la región cántabro-astur y cuenca alta del Esla (exceptuando en parte el de Pedrosa del Rey), presentan los efectos de la tendencia a la lenición, que produce la sonorización de la dental sorda *-t-*. Cf. *Cludamus* (Liegos); *Ambadus* (Barniedo), etc., y *Douiderus*, *Douidena* y aún *Doiderus*, *Doidena* —con pérdida de la *-u*— frente a las formas plenas meridionales *Douiterus*, *Douitena*, *Dobiterus*, *Dobiteina*, etc. Esta es una de las razones que nos inducen a incluir los nombres del radical *Bod-* junto con *Boutius* como procedentes todos ellos de ide. **bhoudhi* “victoria”, ya que los primeros se encuentran preferentemente en la región aludida, mientras *Boutius* se concentra principalmente en Lusitania, y desde allí se extiende, y por tanto no hay gran dificultad para que la *-dh-* sufriera un tratamiento distinto en los diferentes grupos lingüísticos.

No entramos en el detalle de las formas recogidas en el mapa n.º 13, pertenecientes principalmente a los radicales *Matu-* “oso” y *Medu-* “miel”, que no sólo se interfieren entre sí, sino posiblemente también con otras formas de distinto origen. En estas interferencias juega gran papel por una parte la tendencia a la sonorización, cf. p. ej. *Madu-cena* de Crémenes, en relación con lo arriba indicado, sino la tendencia contraria por hipercorrección, que da lugar a la forma *-cena* frente a *-gena* en el mismo nombre. Este segundo elemento, que se presenta en las formas *-genos*, *-genus*, *-cenus*, *-ginus*, *-cinus*, *-enus* y *-einus*, *-gnus*, *-cnus* y *-nus*, lo hemos recogido en nuestra tesis en el mapa n.º 9, y ofrece una difusión que coincide casi completamente con la de los topónimos en *-briga*. Se observa una mayor concentración en la Celtiberia propiamente dicha (Soria, Burgos, etc.), relativa concentración en la cuenca superior del Esla y proximidades, y una presencia más difusa en la región lusitana y sus prolongaciones al N. y S. del Duero y Guadiana, respectivamente. Al N. E. del Ebro tenemos un *Rectunus* en Gastiain, Navarra; un *Narueni* cerca de Egea de los Caballeros; en plena zona ibérica un *M.e.du.ce.n.o.s* en Albalate del Arzobispo, y un *Isgenus* en el plomo de Mula, así como en la zona limítrofe, un *Neucenus* en Sisante, Cuenca, no lejos de Cabeza del Griego, la antigua *Segobriga*.

En cuanto a la difusión de *Ambatus*, *Ambata* (mapa n.º 14, n.º 1 en Rubio), nada tenemos que hacer sino completarla con varios lugares más de hallazgo del nombre: Marañón, un *Obionensis* de San Millán, San Pedro de Arlanza, Quintanaláez, Villalcampo, Liegos, Lois, Braga, Seguras de Arriba, Lacimurga, y varios hallazgos más de las regiones de Lara, Gastiain, etc., así como dos españoles mencionados en un inscripción de Austria, sin indicación exacta de procedencia, todo lo cual hace más visible la concentración de este nombre en la zona celtibérica de Burgos, y aún hacia Alava y Navarra, siendo también frecuente, aunque no tan denso, en Lusitania y presenta hallazgos aislados al O. en Braga, y al E. en la zona ibérica, concretamente en Villar y Liria. En cuanto a su etimología lo consideramos, como tradicionalmente se ha hecho, como forma hispánica del galo *ambactos*³.

3 Sobre la constante reducción del grupo *-ct->-t-* en *Ambatus*, obsérvese que es también constante en *Pent-*, *Pint-* de **penkwtos* (Vid. TOVAR, *Numerales indoeuropeos en Hispania*, *Zephyrus* V, p. 19 ss.) y en las mismas circunstancias que en *Ambatus* aparece en *Otaui*, ya sea este un hombre indígena, ya la versión

hispánica del latín *Octavius*. En último término podría ser admisible para *Ambatus* un sufijo *-ato-*, frente a *Ambinus*, *Ambo*, *Ambacius*, *Ambatio* (de Salamanca, un arevaco, Iruña y Astorga, respectivamente), pero la etimología **Ambi-batus*, sugerida por Pokorny, nos parece menos probable.

Por lo que hace al mapa de los hidrónimos y topónimos en *-antia, -nt-*, nos remitimos a los excelentes trabajos de Tovar, *Las invasiones indoeuropeas, problema estratigráfico*, *Zephyrus* VIII, p. 77 ss., y el ya mencionado *Topónimos en -nt- en Hispania*, donde presenta relaciones completas de los hidrónimos y topónimos con *-nt-* de nuestra Península, y un excelente mapa con la difusión de los últimos.

El mapa n.º 19 nos ofrece los topónimos y antropónimos basados en *Seg-*. En cuanto a los primeros no vemos la razón de no considerar celtas *Segisa* de los Bastetanos, y *Segia*, hoy Egea de los Caballeros, sólo porque se encuentren en zona iberizada. En concreto, la situación de *Segia*, próxima como está a la Celtiberia propia, abona la posibilidad de un enclave indoeuropeo por colonización o restos de un paso de los invasores celtas procedentes de más allá del Pirineo hacia el centro de la Península. Recuérdese, p. ej., que entre los mismos componentes de la *Turma Salluitana* hay algunos nombres de estirpe indoeuropea en todo o en parte. Así tenemos un *Tautin-dals Succonensis*, cuyo primer elemento es sin duda el ide. **teuta*, que se presenta con idéntico vocalismo en el aquitano *Tautinnus*, en *Tautius* (Peñalba de Castro y León), el lusitano *Tautalos* o *Tautamos* (el sucesor de Viriato según Apiano y Diodoro), y tal vez en *Isi-daudi* de Santany, Mallorca (Vid. TOVAR, *Sobre la complejidad de las invasiones indoeuropeas en nuestra Península*, *Zephyrus* I, p. 34 ss.). Tenemos también un *Austinco Salluitanus*, con nombre de radical indoeuropeo y sufijo, —tal vez ligur—, *-nc-*, cf. en cuanto al primero los nombres de Germania Superior *Austeius*, *Austeia*, *Austinus* (Whatmough, *DAG*, 1062), y en cuanto al segundo el mapa n.º 11 de nuestra tesis, con la difusión de *-nc-* por toda la mitad norte de nuestra Península, y también Schmoll, *Il ligure, lingua mediterranea o dialetto indoeuropeo*, *Rivista di Studi Liguri*, XXV, p. 135, e *Hisp. Idg.*, p. 59 s. Por último aparece un *Elandus*, precisamente de *Segia*, correspondientes exacto de *Elandos* de Monreal de Ariza y el gentilicio *E.l.a.(n).du.n.a.co(m)* de Numancia (Vid. LEJEUNE, *Celtibérica*, ps. 79, 104 y 113), regiones próximas a Egea, aunque al otro lado del Ebro. Como puede verse en el mapa adjunto este nombre se extiende, con otros sufijos, por la mitad norte de la Península, con *Elanus* (Iruña, Valladolid y Velilla de Valdoré), *Elanis*, fem. (Astorga), *Elanio* (tal vez dat. de *Elanius*, La Puerta), antropónimo o gentilicio *Elanioca* (Lara), gentilicio *Elanicum* (Yecla de Yeltes), topónimo *Elaneo-briga* (hoy Lañobre, según Nunes, que recoge la inscripción, vid. RUBIO ALIJA, *op. cit.*, p. 53 s.) y también *Pict-elancus*, *Pict-elancea* (Petisqueira, Chaves). Sobre el probable radical de estos nombres, vid. POKORNY, *IEW*, p. 303 s. Además de estas razones, en favor del celtismo de *Segia*, tenemos los antropónimos *Segius* (Aranda de Duero) y *Segia* (Artá), lo que es un dato más en pro de la consideración de *Segia* como topónimo de origen indoeuropeo.

Queremos, para terminar, que este pequeño trabajo nuestro no sea considerado tanto como una crítica del realizado por Untermann, cuanto una aportación más detallada a las consideraciones que él ofrece, que permita conclusiones más seguras sobre las fronteras y movimientos lingüísticos en la España prerromana. De todos modos creemos que para poder establecer conclusiones fijas en este sentido es necesario: 1.º, que los datos de la antroponimia y la toponimia coincidan y al menos los primeros se presenten en forma suficientemente concentrada para que podamos suponer de dónde partió su difusión; 2.º, que la Arqueología, con el mudo y eficaz lenguaje de la azada que desentierra urnas, tumbas, cerá-

mica, etc., confirme las suposiciones que la lingüística permite hacer. Los topónimos, aun aislados, ofrecen en este aspecto más garantías; los antropónimos sólo a base de concentraciones de gran densidad pueden confirmar los movimientos migratorios, ya que la presencia aislada de un *Ambatus*, p. ej., en zona ibérica, no es apoyo bastante a la teoría de la penetración céltica hacia Levante. En tercer lugar, hay que contar con algo más: España se romanizó pronto y profundamente en algunas regiones como la Bética. Si excluimos los restos en lenguas indígenas, la antroponimia de esas regiones más romanizadas, conocida a través del latín, no ofrece nombres indígenas ni muy característicos ni muy numerosos como para concluir algo a base de ellos. En cambio en Celtiberia, en Cantabria, en la región Astur y Galaica, en la misma Lusitania, una romanización más lenta permitió la conservación de los nombres indígenas bajo el régimen imperial, y esto es lo que hoy nos ofrece puntos de apoyo suficientes para observar los núcleos lingüísticamente más interesantes. — M. L. ALBERTOS.

NOTA ACERCA DE UMA ESCUDELA DO POVOADO DO BRONZE I DE MONTES CLAROS (MONSANTO - LISBOA).

A nossa Lisboa não se orgulha dos seus pergaminhos Neolíticos, que nos revelam a existência de populações sedentárias no seu termo, por volta de 2.500 anos a. C.

De modo diverso procedem outras capitais europeias como Madrid, Paris, Londres, Stockholm, etc., que com ufania entroncam as suas origens nos mais recuados elementos que a Pré-história lhes pode fornecer.

Para estudo do seu passado Pré e Proto-histórico, Madrid por exemplo, criou há alguns anos o Instituto Arqueológico Municipal, situado no Parque de la Fuente del Berro, onde pontifica o Prof. D. Julio Martínez de Santa-Olalla, rodeado do seu grupo de colaboradores, possuindo magníficas instalações de trabalho, uma excelente biblioteca da especialidade, uma oficina de restauro de cerâmicas, um museu concebido em moldes absolutamente modernos e arrojados, etc.¹

Contudo Lisboa, se quizesse, também teria de que se orgulhar, pois quer dentro da urbe quer no seu termo, existem curiosidades arqueológicas que bem mereciam ser dadas a conhecer a turistas e a estudiosos que nos visitam. Mas deixando tão vastos problemas, impossíveis de esboçar dentro dos limites impostos a uma comunicação, encaremos por agora apenas o estudo de uma escudela de barro da estação do Bronze I de Montes Claros, talvez a mais bela peça no seu género, que um de nós (A. P.), recolheu no decorrer dos trabalhos que ali realizou com outros arqueólogos, ofertando-se no final o espólio à Municipalidade de Lisboa. (Fig. 1).

A referida estação fica situada no Parque Florestal de Monsanto, junto de um edifício destinado a recolha de cavalos, não longe da casa de chá e restaurante.

Descoberta pelo Dr. Leonel Ribeiro, realizaram-se ali duas campanhas de escavações e publicaram-se sobre os seus resultados alguns estudos².

De acordo com o Prof. Gordon Childe, perfilhamos a ideia de que uma escavação cuidada é ali absolutamente necessária, para se colherem elementos, certamente preciosos, para o estudo dos problemas campaniformes da foz do Tejo. É que Montes Claros faz parte de um conjunto de estações Neolíticas e do Bronze I que se identificaram na região de Lisboa como: Sete Moinhos, Vila Pouca, Monsanto, Moinho das Perdizes, Ajuda, Junqueira, Belém, Casal dos Mortos³, e

1 Permitimo-nos sugerir ao Excmo. Conde de Mayalde, digníssimo "Alcalde de Madrid", que proporcione uma passagem por este modelar estabelecimento científico, quando das visitas de autoridades administrativas de Lisboa.

2 EUGÉNIO JALHAY - AFONSO DO PAÇO - LEONEL RIBEIRO, *Estação pré-histórica de Montes Claros (Monsanto)*. *Revista Municipal*, nos. 20 e 21, Lisboa, 1945. EUGÉNIO JALHAY e AFONSO DO PAÇO, *Lisboa há 4.000 anos, A estação pré-histórica de Montes Claros (Monsanto)*. *Lisboa e seu termo*, vol. I, Lisboa, 1948. AFONSO DO PAÇO - MARIA DE LOURDES BARTHOLÓ, *Note sur la station archéologique de Montes Claros (Monsanto) et son campaniforme*. *Crónica del*

IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas, Madrid, 1954. Zaragoza, 1956. ITEM, ITEM, *Considerações acerca da estação arqueológica de Montes Claros (Monsanto) e da sua cerâmica campaniforme*. *Brotéria*, vol. LIX, Lisboa, 1951. ITEM, ITEM, *Nota acerca de algumas cerâmicas da estação eneolítica de Montes Claros (Monsanto)*. *Actas do XXIII Congresso Luso-espanhol para o progresso das ciências Coimbra 1956*. Coimbra, 1957.

3 Numa visita de estudo que há alguns anos fizemos a este Casal, podemos constatar que uma frondosa e espessa vegetação encobria totalmente o lugar onde outrora se recolheram materiais campaniformes.

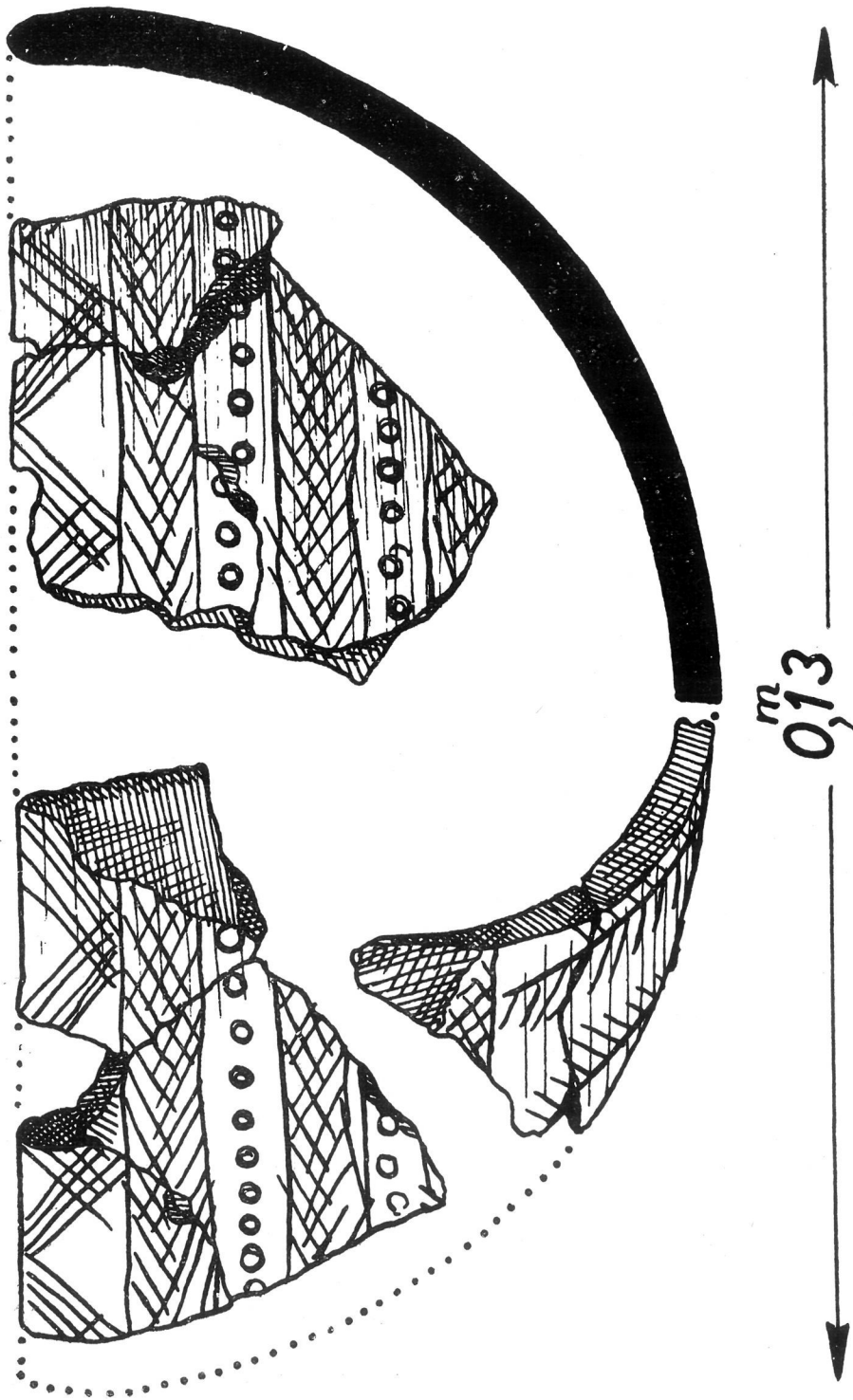


Fig. 1. — Escudela de Montes Claros (Monsanto)

muito presumivelmente o Castelo de S. Jorge e outros locais que a urbanização dos nossos dias e dos séculos passados destruiu quase por completo, e que tão proficientemente foram estudadas por Vergílio Correia, Joaquim Fontes, Camarate França, Zbyszewski, Vaultier, etc.

Contudo alguns dos materiais recolhidos em Montes Claros, são algo diferentes não só do conjunto arqueológico vizinho, mas também de outros que se conhecem das regiões de Sintra e Cascais. Adivinha-se ali a existência de um fundo pré-campaniforme como na Parede, Cascais ou Liceia, mas só uma escavação rigorosa e metódica, feita por quem possa entender este complicado problema, nos poderia elucidar cabalmente sobre o caso.

Já noutros trabalhos demos um inventário dos tipos característicos de cerâmicas campaniformes desta notável estação, contendo desenhos incisos:

12 vasos campaniformes. 16 caçoulas acampanadas. 21 taças. 14 escudelas.

Dentre os elementos de 14 escudelas diferentes permitimo-nos hoje destacar a mais completa e uma das mais curiosas, não só desta estação, mas também do conjunto da península de Lisboa.

A peça em questão, de que apenas possuimos alguns fragmentos que nos permitiram reconstituir a sua forma, Fig. 1, foi trabalhada em barro muito fino e homogéneo, desprovido de impurezas, de cor castanho escuro, bem cozido, características estas que também se notam numa taça de Alapraia e em alguns copos de Vila Nova de S. Pedro. Medindo de diâmetro de boca 0, m 13 e de altura 0, m 067 apresenta a configuração de uma calote esférica, cuja face exterior foi toda decorada com motivos incisos e pequenos círculos, dispostos em seis faixas horizontais e uma espécie de ramalhete na parte inferior.

Das seis faixas horizontais, a primeira, situada junto do bordo, é constituída por grupos de quatro ou cinco paralelas, dispostas a formarem uma espécie de dentes de lobo.

A segunda, quarta e sexta, sensivelmente iguais, apresentam um reticulado oblíquo limitado por duas paralelas.

Do fundo do vaso como que suportando toda a estrutura anterior, destaca-se um conjunto de ramos de folhas alternas.

Não sendo os desenhos excessivamente perfeitos, contudo e à semelhança do que acontece com muitas das obras dos nossos dias, vistos a certa distância, o pormenor desaparece e por fusão óptica surge-nos apenas a ideia geral que o artista criador tinha em mente, o que nos permite considerar esta peça como uma das obras primas da arte cerâmica lisboeta de há quatro mil anos.

O facto de trazermos a este Congresso o conhecimento de uma tão curiosa peça cerâmica, leva-nos a solicitar a atenção da Exma. Municipalidade de Lisboa para a necessidade que há de facilitar aos estudiosos nacionais e estrangeiros o conjunto de Montes Claros.

É que desde a última vez que um de nós (A. P.) o visitou, há alguns anos, com o Prof. alemão William Schüle, não mais lá voltamos, e aos cientistas que depois disso nos tem perguntado por ele temos apresentado uma desculpa nem sempre convincente.

Por isso permitimo-nos solicitar deste Congresso, que entre os seus votos finais, seja emitido um relativo ao espólio arqueológico dos lisboetas que há quatro

mil anos habitaram em Montes Claros, pedindo que os materiais desta estação sejam expostos em vitrine própria pertença do Município, no Museu do Carmo, sede da Associação dos Arqueólogos Portugueses, até que possam ser convenientemente integrados no futuro Museu da Cidade, ainda em projecto.

O conjunto exposto, a que se daria o nome de *raízes de Lisboa*, poderia ser completado com outra vitrine que contivesse material paleolítico dos arredores da nossa capital, advertindo-se que se tratava de restos das populações nómadas que milhares de anos antes também viveram nas imediações da foz do Tejo⁴.

A. DO PAÇO - MARIA L. BÁRTHOLO

4 Comunicação apresentada ao XXVI Congresso Luso-Espanhol para o progresso das ciências, Porto 1962.

SOBRE LA POSIBLE DATA DE LAS PIZARRAS SALMANTINAS CON SIGNOS NUMERICOS

Mucho interés vienen despertando las publicaciones de textos incisos al punzón sobre pizarras que se encuentran principalmente en la provincia de Salamanca a las que caracteres paleográficos y datos históricos incuestionables sitúan en época visigótica o un poco posterior. Pero no es a estas pizarras, cuya importancia y trascendencia históricas he ponderado en otro lugar¹ a las que dedico atención en estas líneas, sino al tipo denominado por mí "de Lerilla" caracterizándolas por el punto en que han aparecido en mayores cantidades².

Trátase, como es sabido, de fragmentos de pizarra con signos en líneas, en general profundamente incisos, de distribución y valores no bien determinados, que afectan la forma de I, V, X y O, de los que los tres primeros con mucha frecuencia van barrados, bien con el trazo horizontal cubriendo uno solo de los signos, bien enlazando varios entre sí en el caso de las rayas verticales.

Ha sido a estas piezas de fácil lectura a las que mayor atención han dedicado los eruditos. Bien es verdad que se encuentran más abundantes y frecuentes que el otro tipo que ofrece texto, y que éste a su escasez añade la innegable dificultad de lectura, por el estilo cursivo de su escritura y por lo superficial de su esgrafiado, con lo que se explica con facilidad el que hayan resultado las pizarras numéricas más atractivas para los investigadores locales.

Intentos de explicación de tales epígrafes ha habido no pocos. Hübner el primero, que tuvo conocimiento de una pieza aparentemente hallada en Cardeñosa (Ávila) y de modo muy sucinto descrita por D. Andrés Garci-Núñez en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*³, pensó en la posibilidad de que se tratase de un epígrafe ibérico, cufico o en todo caso prerromano, y en tal sentido incluyó la pieza reseñada por Garci-Núñez en sus *Monumenta Linguae Ibericae*, aunque luego, decepcionado por la dificultad de concordar estos signos con los bien conocidos por las restantes inscripciones ibéricas, decidió reducirla al grupo de las dudosas⁴. La actitud expectante que en última instancia habíamos visto en Hübner encontramos todavía en un artículo de D. Manuel Gómez Moreno, aparecido asimismo en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, en el que habla, y por primera vez, de las pizarras salmantinas, de las que dice que están "llenas de signos insólitos"⁵. Menos discretamente, en 1919, el P. César Morán, investigador benemérito y afortunado de la prehistoria y arqueología salmantinas, consideraba todavía las pizarras del tipo Lerilla escritas en una lengua indígena, prerromana, cuyo significado se nos escapaba tanto por ignorancia de la escritura como por desconocimiento del idioma⁶; decenios más tarde, calificaba ya de "puerilidad" el

1 DÍAZ Y DÍAZ, *Un document privé de l'Espagne wisigothique sur ardoise*, en *Studi medievali*, 3.^a serie, 1, 1960, 52-71, sobre todo 66 ss.

2 Despoblado a unos 20 km. de Ciudad Rodrigo, en términos de Mogarraz, antiguo castro romanizado, con muchos restos de cerámica y teja romana, de época incierta. Sobre el lugar como fuente arqueológica, v. J. MALUQUER DE MOTES, *Carta Arqueológica de España: Salamanca*, Salamanca, 1956, 129.

3 I, 1877, 9. La noticia es confusa y los datos positivos que de ella se pueden extraer hoy son poquísimos.

4 Berlín, 1893, p. 207, n. XV*. "subest —scribe Hübner— titulus genuinus siue Latinus, siue Ibericus siue Cuficus, sed nihil intellego".

5 GÓMEZ MORENO, *BRAH*, 45, 155.

6 *Investigaciones acerca de Arqueología y Prehistoria de la región Salmantina*, Salamanca, 1919, 112.

hecho de que “alguien pretenda ver en estas pizarras caracteres ibéricos”⁷. De esta manera la interpretación como textos anteriores a la romanización, que implicaba para nosotros una cronología hasta cierto punto precisa, cayó sin dejar más rastros.

Por los tiempos en que se ocupaba Hübner con los materiales ibéricos, y sin que la cosa hubiera llegado —y no deja de ser extraordinario— a su conocimiento, el insigne D. Eduardo Saavedra, discurriendo a partir de los trazos verticales repetidos en combinación con las V y las X, pensó que debía tratarse de números. Fué ésta hipótesis ingeniosa que recogió un erudito extremeño a quien la había comunicado Saavedra, D. Vicente Paredes Guillén en curioso trabajo tan lleno de valiosas noticias como difícil hoy de consultar⁸. Nada había dicho Saavedra sobre el objeto de las tales cuentas, por lo que Paredes dióse a pensar y supuso que contenían las notas de los derechos de paso de la ganadería trashumante. No cabe duda de que esta interpretación deriva de hechos muy posteriores en el tiempo a nuestras pizarras, aunque conocidos y vividos en la región en que éstas aparecieron; si bien no es nuestro propósito aquí resolver la intrincada cuestión del sentido de estas tablas numéricas, se me ocurre que ningún dato positivo sostiene la existencia de puestos de control para el pago de la cañada o el recuaje, y aún diría que alguno de los puntos en que son encontradas estas pizarras está lejos de lo que andando el tiempo serían cordeles de merinas, cañadas de ganado mayor. De otra parte, y no es la menor objeción, las menciones de ganado que se lee en las pizarras con texto cursivo⁹ no autorizan a sospechar la existencia de una fértil ganadería en la época visigótica al modo y número de la desarrollada en la época moderna por las mismas regiones¹⁰. Ahora bien, sin entrar en el fondo de esta cuestión, se ve de inmediato que ninguna teoría fué lanzada por Saavedra ni por Paredes en lo que respecta a la cronología de estas pizarras.

Fecha y explicación de su significado nos dió años más tarde una aguda investigación de D. Juan Cabré Agiló. Al estudiar de cerca los materiales recogidos

7 *Archivo Español de Arqueología*, 18, 1945, 262.

8 *Origen del nombre de Extremadura*, Plazencia, 1886, 82-83. Dice nuestro personaje: “Aquí [cerca de Aldeanueva, Cáceres] se encontraron varias pizarras escritas con caracteres raros y, examinadas detenidamente en la Academia, dedujo el Sr. Saavedra a quien las remití que eran cuentas con números romanos, con unas tachaduras en algunas de las cantidades que daban a los números una forma rara de letras; pero no se ha podido deducir cuál fué el objeto que tuvieron estas cuentas. Yo creo que habiendo sido Puerto Real, estas cuentas eran del pago de montaje y señalaban con las tachaduras la cuenta de el sexmo, diezmo o quinto que correspondiese pagar a cada ciento de cabezas, según fuera la clase de ganado; pues en las cuentas cada renglón expresa o suma la misma cantidad, que en cada uno de los demás del mismo asiento. Es frecuente encontrar estas pizarras escritas por los habitantes del pueblo, que las llaman pizarras de moros y principalmente cerca del arroyo del Contadero”. Obsérvese que se alude a hallazgos, actualmente

no denunciados, realizados en la provincia de Cáceres.

9 Especialmente en el grupo inédito cuya publicación hará en ocasión próxima el Sr. Gómez Moreno. Por gentileza y generosidad suya he podido estudiarlas personalmente, colaborando con él en la medida de mis fuerzas en su siempre problemática lectura. Puedo por ello asegurar que este numeroso lote que comprenderá unas cuarenta pizarras es mucho más importante y rico que el primero publicado por él en el trabajo citado en la nota siguiente.

10 Se me antoja, empero, que tal interpretación ganadera, que no acepto, debe sustentar, siquiera lo haga remotamente, la curiosa lectura —y consiguiente interpretación— que de la pizarra I hizo el Sr. Gómez Moreno en su muy importante artículo *Documentación goda en pizarra*, aparecido en el *Boletín de la Real Academia Española*, 34, [141], 1954, en que por primera vez atacó de frente al enigma de las pizarras escritas del tipo Diego Alvaro. A pesar de las dudas que suscitan muchas lecturas, este estudio sigue siendo fundamental.

en el centro romanizado de Lerilla, este gran arqueólogo halló ocasión de prestar preferentemente atención a las pizarras encontradas en aquel paraje salmantino, y en 1930 sostuvo que se trataba de libros de contabilidad o registros de la época de la romanización¹¹. Ninguna nueva interpretación se atrevió a proponer, pero su tesis tuvo éxito. Sobre 1942, el P. Morán, narrando sus excursiones arqueológicas por la provincia de Salamanca, que sólo vieron la luz pública en 1946, habla ya de su persuasión de que se trate de "libros de contabilidad o simplemente libros escolares para aprender a calcular"¹², es decir, ábacos. Y poco más tarde, en el trabajo ya citado de 1945, amplía las posibilidades y con una variedad que honra su ingenio piensa "que serán libros de contabilidad de comerciantes con anotaciones de lo que debieran sus clientes; o libros de señores o de maestros de obras con los jornales que debían a sus obreros; o cuadernos de obreros con los días o temporadas vencidas; o libros escolares para aprender a contar por el procedimiento romano"¹³. Añadamos a esta estimación como "inscripciones numéricas romanas"¹⁴ un avance de cronología: "creemos —dice— que las famosas pizarras salmantinas pertenecen a la época de romanización de Vettonia, siglo III, siglo IV, y que a continuación aparecen ya las pizarras de letra cursiva"¹⁵. Me permito aquí llamar la atención sobre este resultado significativo: en lo que pudiéramos llamar "teoría ibérica" las pizarras habían de ser situadas en los siglos II a. C. - II d. C., para lo que se parte de simples conjeturas formales; en una segunda fase, la de la "teoría numérica", singularmente por comparación con las pizarras cursivas, se asigna una data relativa —anteriores las pizarras numéricas, posteriores en el tiempo las cursivas— y se llega poco a poco a lanzar una data absoluta: siglos III-IV de nuestra era.

Por desgracia para nosotros, las pizarras de tipo doble, es decir, que contienen a la vez texto cursivo y signos numerales de la misma mano, son muy escasas, fragmentarias y no aclaran en nada la cuestión¹⁶. Como tampoco arroja mayor luz sobre tan oscuro problema la comparación con la última de las Tablillas Albertini, relación innegable que primeramente expuso sin ahondar mucho en el asunto D. Manuel Gómez Moreno¹⁷. Que sean textos mágicos como se inclinan muchos a sospechar de la Tablilla Albertini, cabría muy bien pensarlo de no haber aparecido tantos cientos de fragmentos en Lerilla¹⁸, lo que a mi modo de ver

11 *Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria. Actas y Memorias*, 9, 1930, 174, citado por Morán en la obra recordada en la nota siguiente.

12 *Reseña histórico-artística de la provincia de Salamanca*, Salamanca, 1946, 60-61 (Acta Salmanticensis, Filosofía y Letras, II, 1).

13 *Archivo Español de Arqueología* 18, 1945, 262.

14 *Ibid.* 263.

15 *Ibid.* 263.

16 Conozco solamente tres o cuatro que satisfagan estas condiciones, entre ellas la publicada por Gómez Moreno a que me referí más arriba.

17 *Art. cit.*, nota 10.

18 La benevolencia y amistad del M. I. Señor D. Máximo Martín, Canónigo de Ciudad Rodrigo, me ha permitido vez las diez pizarras que se conservan en el Archivo Capitular

de aquella Catedral así como la ubérrima colección reunida pacientemente por el Canónigo D. Serafín Tella († 1949), hoy propiedad de su hermana, la Srta. Bienvenida Tella, que me toleró estudiarla a mis anchas y me proporcionó toda suerte de comodidades para ello. Las pizarras de la colección Tella, bien conservadas, representan, puede decirse, todo lo que de ellas quedaba en Lerilla, donde el Sr. Tella llevó a cabo búsquedas y recogidas metódicas. Que se sepa, no queda ningún inventario de las piezas, pero he podido observar que en casi todas las pizarras hay una numeración en tinta por el envés. Los números más altos a que presté atención superaban el 400, pero las piezas son indudablemente más. Estas pizarras son casi todas numéricas, la mayor parte de tamaño pequeño y muy rotas; como no podía menos de ocurrir en tan gran número, me pareció que varias de entre ellas coinciden en trazado

excluye formalmente tal interpretación; y ello sin contar con que, de lo que se deduce de las pizarras con líneas completas, los números que resultan del cómputo horizontal varían mucho de pizarra a pizarra y hasta parece, contra lo que ya Paredes había notado, que no siempre todas las líneas arrojan una suma equivalente.

* * *

¿Podríamos, en realidad, llegar a saber algo sobre la data de estas piezas? Su número y su localización apoyan indudablemente una explicación: sean lo que sean en lo que respecta a su contenido, trátase de un material escriptorio simple, económico y relativamente seguro. El hecho de que se localicen aquí y allá, en una franja geográfica de abundantes y nutridos yacimientos de pizarra lleva a deducir que se trata de una moda local surgida de la necesidad y carestía, digamos del pergamino, lo que implica una época de escasez y pobreza de materiales favorecida quizá por excepcionales circunstancias políticas, aunque ello en medio de un ambiente de una cierta tradición de pujanza y riqueza como dejan ver los propios documentos y la necesidad sentida de fijar por escrito su contenido; además debemos contar con unos tiempos de vida local intensa con dificultades en la comunicación con otras zonas a la que difícilmente contribuirían materiales inhábiles para el transporte y apenas aceptables en regiones de otras características. La estrecha relación existente entre el tipo Lerilla y el tipo Diego Alvaro, ya comprensible por sí misma, se fortalece con dos hechos: el primero, que recientemente he podido comprobar que en Lerilla fueron también halladas piezas con escritura cursiva; el segundo, que existen pizarras dotadas de signos de ambos tipos. ¿Puede de ahí deducirse que ambos tipos son coetáneos? Probablemente no, aunque la hipótesis se hace ya muy verosímil. La demostración perentoria nos la proporciona una pequeña pieza en mi poder, que me propongo ahora estudiar.

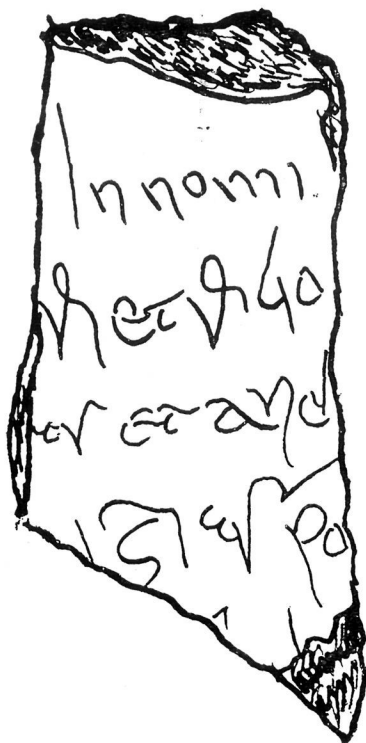
Trátase de un fragmento trapezoidal, de buena y fina pizarra, de color gris oscuro con poca pátina y ahora manchas de cola, descubierta en Diego Alvaro por el incansable y benemérito investigador Sr. Palacios, al cual tantas bellas piezas debemos, en 1960. Mide $77/54 \times 34$ mm., y de espesor tiene no más de 5 mm. La pulimentación es muy cuidada y rematada por ambas haces como que la pieza es opistógrafa, peculiaridad frecuente en las pizarras al contrario de lo que sucede en los documentos sobre papiro o pergamino. La escritura es cursiva del tipo corriente, y quizá más moderna que la que aparece en la pizarra editada por mí mismo en 1960¹⁹. Curiosas son la forma de la *f* en la haz anterior, que casi es idéntica, en la ligatura *fi*, a una *r* antecedente en la ligatura *ri*; la *g* que adopta el trazado usual del rasgueo serpeante coronado por un trazo de arranque curvo

y quizá podrían unirse entre sí para reconstruir una pieza mayor. Algunas he encontrado —y publicaré en cuanto disponga de tiempo para ello— del tipo cursivo como en Diego Alvaro, lo que tiene su importancia porque ya no reduce a la zona E. de la provincia de Salamanca (Galinduste, Diego Alvaro) la aparición

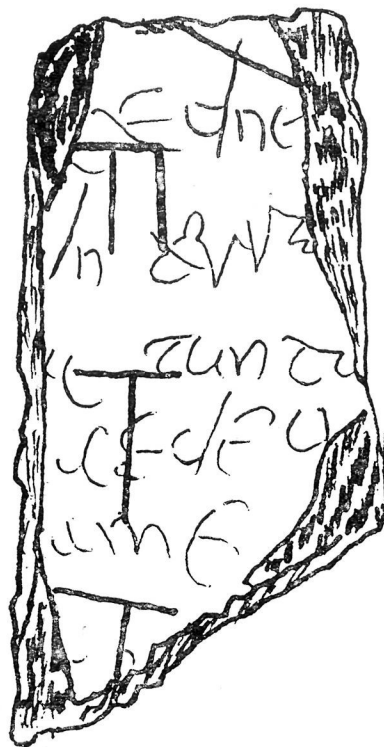
de estos textos visigóticos. Independientemente de que vuelva a hacerlo en ocasión propicia, séame aquí permitido dar mis mejores gracias a la Srta. Tella y la Sr. Martín por sus atenciones sin cuento.

¹⁹ Art. cit. en la nota 1.

que se alarga horizontalmente semejante a la barra superior de una *t*, pero con mucho vuelo, y la *p*, que muestra un caído con amplio arranque curvado hacia la derecha, lo que permite a su panza orientarse con ángulo de 45° sobre el renglón.



primera haz



segunda haz

La primera haz dice ahora en buena cursiva de incisión media y trazado claro:

in nomi [
t]ri et filio e[t
]as et trid [
]rigias po [
]. .[

La segunda haz, como ocurre en muchas pizarras que pronto serán dadas a luz, es palimpsesta. Con frecuencia se procedió a una nueva pulimentación de la cara de la pizarra para reutilización de la pieza, pero no de manera tan completa que los trazos más hondos no hayan perdurado, dejando a veces abundantes huellas. No podría decir si aquí se realizó del todo la reparación de la lámina, porque la escritura inferior, de trazado semejante, bien que quizá no de la misma mano que la haz anterior, se aprecia aún suficientemente bien en su carácter y rasgueo, diciendo así:

]te dne [
]in terra [
]a tanto [
]ç e de u [
]t me [
]. .[

Pues bien, sobre esta escritura, cuyos caracteres paleográficos nos llevan a la época visigótica, han sido incisos, con punzón más fuerte y tenaz, unos signos numerales semejantes en todo a los que conocemos de Lerilla y otras partes

Π
 T
 T

La sobreescritura es indiscutible. Es verdad, en efecto, que los signos de la primera serie conservada apenas tocan ninguna de las líneas grafiadas anteriormente, pues la desaparición de parte del trazo curvo inferior de la primera *e* de la línea más alta del texto no demuestra nada por poderse presentar tanto en el caso en que el cursivo fuese sobrepuesto como si fuera subyacente. Pero el palo sobrepuesto de la segunda serie, cierta e indubitadamente cortada en tres lugares, el trazado de los dos curvos de la *e* de *ce* en la cuarta línea del texto, como rompe la barra horizontal el caído curvado de la *t* primera de *tanto* en la tercera línea.

El aprovechamiento posterior de esta cara de la pizarra para trazar signos numéricos sobre un texto cursivo de época visigoda, implica de manera evidente la posterioridad o simultaneidad de aquéllos respecto de la escritura cursiva. Que se hallen en uso simultáneo, sea cualquiera el sentido de estos cómputos, con el texto cursivo era, como vimos arriba, hipótesis plausible aún *a priori*; y en tal caso obedecería a una moda regional que llevaría a utilizar con diferentes fines las piezas de pizarra. Lo hipotético de la teoría parece ahora quedar plenamente confirmado a la luz de estos nuevos hechos que acabamos de presentar.

Una cosa queda palmariamente demostrada, que los signos numerales no son anteriores a los textos cursivos como etapas diversas de una misma trayectoria, que unos y otros obedecen a unas exigencias que desconocemos, pero que nos hacen atribuir toda la rica documentación en pizarra a los tiempos visigóticos o inmediatamente posteriores lo que, a la postre, no dejaría de ser un fenómeno similar en todo al ofrecido por las Tablillas Albertini.

Es ésta la única explicación aceptable para nuestra pieza palimpsesta. Exclúyese, por tanto, el que los signos numerales provengan de un época muy antigua o simplemente de época romana, pues tenemos que situarlos en los mismos tiempos que la documentación goda.

Y esta conclusión se me figura ya de singular importancia en el análisis, apenas iniciado, de la documentación sobre pizarra, que espera todavía ver la luz con la debida y necesaria amplitud y acribia. — M. C. DIAZ Y DIAZ.

NOTAS SOBRE SIGILLATA HISPANICA

Las noticias sobre fragmentos de Sigillata Hispánica con marcas o inscripciones constituyen siempre un dato de interés, tanto porque todavía sabemos poco sobre fábricas y alfareros, como por no ser frecuente que estos artesanos hispánicos firmasen sus productos.

Por ello, el fragmento que ahora analizamos no hemos querido retenerlo sin darlo a conocer a los investigadores en espera de nuevos hallazgos, sino que hemos preferido publicarlo como haremos con todos aquellos datos sobre Sigillata Hispánica que vengan a completar el estudio de conjunto que, recientemente, ha sido editado¹.

La noticia de la existencia de este fragmento me la ha facilitado el Dr. D. José María Blázquez; se halla en el Museo del Seminario de Arqueología de la Universidad de Salamanca, y su procedencia es desconocida. El Prof. Confort, en su última visita a España, hizo notar su interés, sacándole incluso fotografías que envió a su regreso a los Estados Unidos. Por ello, deseo agradecer, tanto al Prof. Confort como al Dr. Blázquez, su amabilidad al darme a conocer este fragmento de Sigillata Hispánica.

Se trata de un trozo de pared de forma 29 (en la fotografía puede apreciarse el marcado ángulo de la carena) con su típica decoración en zonas horizontales, separadas entre sí por un friso de puntas de flecha comprendidas entre dos baquetones. Tanto la composición como los motivos decorativos, son típicamente hispánicos. En la zona superior encontramos una división vertical constituida por una línea de "puntas de flecha" que forma una serie de metopas, todas iguales, ocupadas por dos elementos geométricos o vegetales muy estilizados, debajo de los cuales va una pequeña roseta y sobre todo ello vemos una serie de letras también en relieve, cuya transcripción es: TVRANC. Este tipo de decoración nos recuerda especialmente un vaso procedente de Mérida, también de forma 29² con el mismo friso horizontal de división en zonas.

En cuanto a la zona decorativa inferior —aunque nos queda de ella una parte sumamente pequeña— creemos que se trata de una serie de cruces de San Andrés en su versión típicamente hispánica³, es decir, a base de líneas onduladas, existiendo además entre estos motivos cruciformes otro de una figurita de pájaro sobre una hoja muy puntiaguda.

El principal interés de este fragmento es el de proporcionarnos un nuevo nombre de alfarero hispánico, dándose además la circunstancia de hallarse en una forma 29 decorada. Conocemos solamente dos casos, uno procedente de Numancia y otro de Palencia, en que aparezcan marcas de alfarero en vasos de esta forma⁴. El fragmento de Palencia presenta una cartela ilegible al exterior de la pared y el de Numancia un nombre, VLCO, con letras en relieve, dentro de la decoración, como en el fragmento que ahora estudiamos.

El nombre del alfarero no figura entre los conocidos hasta ahora. Creemos que se trata de una palabra completa. El final queda claro, tanto por el punto en

1 MEZQUIRIZ, A., *Terra Sigillata Hispánica*, Tomos I y II. Valencia, 1961.

2 MEZQUIRIZ, A., *Terra Sigillata Hispánica*, Tomo II, lám. 288, núm. 28.

3 MEZQUIRIZ, A., *Terra Sigillata Hispánica*,

Tomo II, lám. 48, núms. 65, 66, 68, 69, 72, 74 y 76.

4 MEZQUIRIZ, A., *Terra Sigillata Hispánica*, Tomo I, pág. 89.



Fig. 1. — Fragmento de sigillata hispánica.

relieve que aparece después de la última letra (signo frecuente de abreviatura), como porque la línea vertical de puntos de flecha sube hasta el comienzo del borde de modo que interrumpe la inscripción. En cuanto al comienzo de esta palabra, el fragmento no permite asegurar si existían o no letras anteriores, pero, posiblemente, otra línea de puntas de flecha vertical paralela a la anterior subiría también hasta el borde dejando encajado el nombre del alfarero entre las dos.

El nombre de este artesano habría que interpretarlo como TVRANC(icus) y no sería extraño a la honomástica hispánica. Existe una estela procedente de Lara⁵ en que aparece este nombre, aunque la AN centrales aparecen en un nexo que ha sido interpretado como AU. Por otra parte, procedente de Tarragona el C. I. L. recoge una marca de alfarero IASO TURA, escrito en dos líneas paralelas, una sobre otra⁶. No habiendo visto el fragmento en que aparece esta marca no podemos saber si se trata de Sigillata Hispánica o no. Desde luego, este tipo de marcas en dos líneas, no han aparecido nunca hasta ahora en productos hispánicos. Sin embargo, no queremos dejar de señalarla, ya que la segunda palabra coincide con las primeras letras del alfarero que nos ocupa.

Respecto a la datación de este fragmento, creemos que puede situarse entre el 50 y el 60 d. de J. C., ya que, como es sabido, la forma 29 es la primera en fabricarse por los alfareros hispánicos y, además, el motivo de cruces de San Andrés de la zona inferior es de influencia gálica. Por tanto, hay que pensar en el primer momento de imitación de los productos que estaban de moda en la Galia e Italia.—M. M. MEZQUIRIZ.

⁵ C. I. L., núm. 2.866.

⁶ C. I. L., núm. 4.970-236

Bibliografía

LEISNER, G. und V.: *Die Megalithgräber der Iberischen Hanbinsel*. 1/2. *Deutsches Archäologisches Institut Abteilung Madrid*. Walter de Gruyter CO/ Berlín 1959. XIX + 348 págs. 101 láms.

El libro que reseñamos constituye una soberbia aportación al conocimiento de los sepulcros megalíticos de España y Portugal, tema al que el matrimonio Leisner había dedicado gran parte de las actividades de su vida y en el que se habían convertido en una de las primeras autoridades del mundo. El libro presente, que honra no sólo a sus autores, sino al Instituto Arqueológico Alemán de Madrid que lo publica, es el resultado de muchos años de pacientes estudios sobre el terreno y de revisión del material arqueológico conservado en los Museos, todo lo cual avalora notablemente el contenido del libro que de este modo se convierte en un excelente e indispensable instrumento de trabajo para todos los que se dedican a este período de la Prehistoria. Este volumen está consagrado al estudio de los monumentos megalíticos del suroeste de España y Portugal. Cada monumento tiene una detallada ficha: Situación, entrada de la tumba, cámara, orientación, bibliografía, etc., que satisface al investigador más exigente. Ningún dato importante se ha escapado al matrimonio Leisner sobre el tema. Gran número de láminas, acompañadas de planos, mapas, etc., recogen el dibujo del material arqueológico encontrado en los sepulcros. El libro está, pues, soberbiamente editado y la presentación se encuentra a la altura del contenido. Con este libro el Instituto Arqueológico Alemán de Madrid, y el matrimonio Leisner han puesto un instrumento de trabajo en manos de los prehistoriadores insustituible al que tendrán continuamente que acudir todos los interesados en la cultura megalítica. — J. M. BLÁZQUEZ.

ALMAGRO BASCH, M.: *Manual de Historia Universal. Tomo I: PREHISTORIA*. Madrid, Espasa-Calpe, 1960, 918, 18 × 25 cms.

En las casi mil páginas de este tomo primero del Manual de Historia Universal de Espasa-Calpe, nos ofrece el Prof. Almagro una

amplia y documentada visión de la Prehistoria mundial que engloba los resultados obtenidos por un sinnúmero de especialistas en las diversas áreas geográficas y fases históricas de esta etapa de la Historia de la Humanidad. Se divide la obra en dos partes: "Culturas de pueblos cazadores" y "Culturas de agricultores, ganaderos y metalúrgicos". Los tres primeros capítulos de la primera nos dan "El marco geológico en que aparece el hombre", "El problema del origen del hombre" y "Los primeros vestigios de la cultura humana en Europa"; siguen luego cinco capítulos más en que se trata ampliamente del Paleolítico europeo, del español, del arte cuaternario, del mesolítico o epipaleolítico, del arte rupestre levantino español. Cierran esta parte dos capítulos de los más extensos, relativos a la Prehistoria en Asia y en Africa. En los trece capítulos de la segunda parte nos presenta el autor una exposición detallada de las innumerables modalidades e implicaciones histórico-geográficas de las siguientes fases prehistóricas: El Neolítico, la expansión del Neolítico hacia Oriente, las culturas neolíticas africanas, la expansión neolítica hacia el área mediterránea y europea, la Edad del Hierro en el Egeo, etc., para pasar luego a las edades del Bronce y del Hierro con las correspondientes culturas en el área europea y en particular en la española, y concluir con un interesante capítulo sobre "Movimientos de pueblos y últimas etapas de la Prehistoria del norte y este de Europa".

Si se considera esta larga enumeración se comprenderá fácilmente la amplitud y dimensiones de la obra del Prof. Almagro que creemos representa un logro serio y duradero en la historia de un período tan amplio, fragmentariamente conocido y difícil como el que constituye el tema de la obra. Es interesante en especial la aportación que supone en el campo de la Prehistoria patria, a la que dedica atención preferente y cuidada, como era de esperar, en capítulos de gran interés y relevantes méritos. El Prof. Almagro desplaza la fecha del Arte Rupestre español al Postpaleolítico como se viene admitiendo ya desde hace algún tiempo. En ocasiones, además, nos presenta materiales de primerísima mano,

como sucede en el caso de "Los Millares" en cuya exposición recoge los resultados de sus recientes campañas de excavaciones.

Las ilustraciones que acompañan al texto son de una eficacia inapreciable: Su número inmenso —943 figuras, 13 mapas y 8 láminas a todo color— y la perfección lograda de las mismas hace que se pueda ir siguiendo la exposición sobre el material gráfico con gran facilidad.

Por fin, a cada capítulo sigue una extensa y bien escogida bibliografía que satisface las necesidades o curiosidad del más exigente, ya que en algunos casos llega hasta ocupar dos páginas a doble columna. Por todo ello creemos que en la obra del Prof. Almagro tenemos un gran instrumento, serio, documentado, intuitivo, tanto de trabajo como de instrucción sobre uno de los períodos más apasionantes de la Historia de la Humanidad. — EMYLLÁN BRAVO LOZANO.

MALUQUER DE MOTES, J.: *La Humanidad prehistórica*. Barcelona, Montaner y Simón, 1958, 362, 16 × 24 cms.

Seria y unitaria es la exposición de conjunto de los problemas, soluciones y en general de la "historia" de la Prehistoria que nos ofrece el Prof. Maluquer en este apretado y esclarecedor volumen que da una alentadora sensación de organicidad y progresión en la consideración del material tratado. A lo largo de los diecisiete capítulos de la obra van desfilando ante nuestra consideración las diversas fases prehistóricas en las diversas latitudes geográficas del globo. Podríamos considerar como introductorios los seis primeros capítulos en los que describe el autor el escenario y primer acto del proceso de la Humanidad primitiva, la Humanidad cazadora, la aurora del arte, el desarrollo de la especie humana, y la transición a la Humanidad moderna. Con "El nacimiento de la Humanidad moderna" se inicia ya la exposición central que nos irá llevando del descubrimiento de la metalurgia, a través del Neolítico, principalmente en Occidente, a la edad de los metales en el área helénica, mediterránea centro-occidental, ibérica, europea occidental, y centro-europea. Un capítulo sobre "Inhumadores e incineradores en Europa" prepara el final sobre el paso de la Prehistoria a la Historia en Europa, con que se cierra la obra.

Llama la atención en el libro del Prof. Maluquer la seriedad y profundidad documentada de la exposición que logra una visión sintética y clara en una extensión relativamente no amplia dada la importancia y proporciones del tema de la Prehistoria. Avala y da posibilidades de ampliar el estudio de los diversos aspectos particulares la extensa bibliografía que acompaña a cada uno de los diecisiete capítulos. En ella se puede encontrar prácticamente todo lo escrito sobre el particular, ofrecido además en forma sistemática y con indicaciones orientadoras que resultan de tanta mayor utilidad cuanto mayor es la

abundancia de estudios consignados. Otro gran auxiliar de esta obra es el abundante material documental que llega casi al centenar y medio de ilustraciones fotográficas directas en su mayoría y que dan una visión intuitiva suficiente de los yacimientos, parajes prehistóricos y elementos materiales a que hace referencia el texto.

Hemos de llamar la atención en la obra del Prof. Maluquer sobre el magnífico tratamiento de la pintura rupestre española en los capítulos IV y X principalmente, que el autor sitúa en época postpaleolítica, bien neolítica o postneolítica. Notable es también el capítulo XI dedicado a las culturas prehistóricas en área helénica. Igualmente orientador y ponderado es el capítulo V sobre "El desarrollo de la especie humana" en el que se da una visión clara, concisa y mesurada del espinoso y apasionante problema de la aparición del hombre sobre la tierra a la luz de la ciencia... por no citar más que algunos casos concretos. Todo el libro del Prof. Maluquer, en efecto, resulta por igual documentado, claro e interesante como para ser recomendado a quienes sientan necesidad o curiosidad por adquirir una visión científica y moderna del trascendental momento prehistórico, debida a la pluma de uno de nuestros más prestigiosos especialistas.—EMYLLÁN BRAVO LOZANO.

BATISTA, R.: *Sepulcros megalíticos de la comarca del Moyanés*. Instituto de Prehistoria y Arqueología de la Diputación Provincial de Barcelona. Corpus de Monumentos Megalíticos. España: Fascículo 1. Barcelona 1961. Prólogo de L. Pericot. VI págs. + 22 láms. 22.

Este libro es el primer fascículo de una extensa publicación patrocinada por el Instituto de Prehistoria y Arqueología de la Diputación Provincial de Barcelona, bajo la sabia dirección del prof. L. Pericot, que aspira a formar poco a poco un corpus de los monumentos megalíticos hispanos.

Se ha comenzado este corpus por el grupo Moyanés que por las diferencias topográficas existentes presenta ciertas particularidades. Esta zona contiene un número elevado de monumentos megalíticos menos conocido que los de otras regiones, pues algunos se encontraban inéditos y otros habían sido excavados irregularmente por los particulares, por lo tanto ha sido un acierto grande el principiar por esta región el corpus de megalitos. El autor ha verificado la comprobación de las plantas de los megalitos conocidos, levantando otras nuevas de su estado actual, con las correspondientes secciones, se han observado todos los detalles de la técnica constructiva, practicando también en muchos casos reexcavaciones con satisfactorios resultados, todo lo cual avalora considerablemente este libro, que puede considerarse como prototipo de esta clase de publicaciones. Se ha explorado minuciosamente toda la comarca, por lo que el número de monumentos megalíticos estudiados ha sido

elevado. Acompañan al texto referencias a cada uno de los sepulcros, indicación de su situación, descripción, bibliografía y observaciones características.

Cada uno de los dólmenes tiene un mínimo de dos fichas, una para lo constructivo y otra para la situación topográfica y material. Lleva indicada su situación topográfica, también. No cabe duda que esta publicación es una buena aportación al tema y que pronto vendrán nuevos fascículos. — J. M. BLÁZQUEZ.

RIPOLL PERELLÓ, E.: *Los abrigos pintados de los alrededores de Santolea (Teruel)*. Monografías de Arte Rupestre. Arte Levantino n.º 1. Instituto de Prehistoria y Arqueología de la Diputación Provincial de Barcelona. Wenner Gren Foundation for Anthropological Research. Nueva York. Barcelona 1961, 8 láms. + 8 figs. 35 págs.

El presente libro lo reseñamos con verdadera satisfacción e interés. Se trata del primer número de una serie de publicaciones que aspiran a estudiar monográficamente el arte rupestre hispano, de una importancia excepcional siempre, no sólo para prehistoriadores, sino incluso para artistas; tema que despierta siempre el más vivo interés. Por esta razón ha sido un gran acierto el que el Instituto de Prehistoria y Arqueología de la Diputación de Barcelona, y la Wenner Gren Foundation se hayan lanzado a esta magna empresa, de gran trascendencia para el estudio del pasado del hombre. El libro ha sido escrito por una de las mayores autoridades con que cuenta hoy España y Europa en la materia y está extraordinariamente bien presentado, pudiendo constituir un prototipo de esta clase de publicaciones. Una nota preliminar de H. Breuil acentúa la importancia del contenido y un prólogo de L. Pericot describe el programa trazado para la publicación del arte rupestre. Ripoll ha realizado un estudio exhaustivo de las pinturas, inéditas, todo ello acompañado de excelentes calcos y fotografías.

Comienza el estudio por un minucioso encuadramiento del lugar de las pinturas, en que después de una descripción general, pasa el autor a presentar brevemente la pintura rupestre del Maestrazgo, particularmente los abrigos de los alrededores de Santolea. A continuación examina minuciosamente el abrigo del arquero, el friso abierto del pudial, abrigo del torico del pudial, el abrigo de la vacada, para pasar a describir la arqueología de la zona estudiada, punto este, como el que aborda el autor en el apartado 8: observaciones temáticas y cronológicas, que son de gran importancia para poder solucionar el debatido problema de todo este fascinante arte. Notemos de pasada que el cuadro faunístico es moderno. Este libro marca una gran avance en la solución de todos los problemas que tiene planteado el apasionante arte rupestre español: el libro está bien terminado en todo su detalles, análisis de colores, etcétera. — J. M. BLÁZQUEZ.

TARRADEL, M.: *Historia de Marruecos. Marruecos Púnico*. Universidad de Rabat. Publicaciones de La Facultad de Letras. Instituto Muley El-Hasan. Tetuán 1960. 10 + 356 págs. XXIX láms. y 40 figs.

El libro de Tarradell es el resultado de muchos años de profundas y pacientes investigaciones en el campo de la Arqueología del Norte de Marruecos, lo que avalora considerablemente su contenido. Es un libro fundamental e insustituible tanto para arqueólogos como para historiadores del Mundo Antiguo. Es el primer intento, con base arqueológica, la única en este caso segura, de trazar la Historia del Marruecos Púnico, hasta que estas tierras caen en poder de Roma.

Todas las páginas de libro son de una gran originalidad, y casi se puede decir que sus resultados son revolucionarios, pues son el producto de sus excavaciones y hasta ahora es lo único científico de conjunto con que se cuenta para la Historia de Marruecos, ya que los libros y trabajos sobre el tema aparecidos con anterioridad, carecían de base arqueológica y se contentaron con un análisis de las fuentes, en este caso sin base. Por otra parte el tema es apasionante como pocos, pues se refiere a los orígenes de la colonización semita en el Mediterráneo occidental y a una serie de problemas con ella vinculados, que el autor aborda con un planteamiento totalmente original, resultado de sus investigaciones. Tarradell conoce perfectamente todo el norte de Africa, y toda la bibliografía referente al tema, que maneja con gran maestría y soltura. El libro se lee realmente con gran apasionamiento, por la gran novedad que encierra; en todos los capítulos hay puntos de vista con base arqueológica, totalmente nuevos. Comienza el autor su estudio con un necesario capítulo introductorio en el que trata el desarrollo de las investigaciones sobre este tema, en que sus trabajos de campo han dado resultados insospechados, para pasar en el segundo a un problema que ha motivado fuertes discusiones en los últimos años, cual es el de los fenicios en Occidente y la fecha de los primeros contactos. La opinión de Tarradell en este punto es de una importancia excepcional por el conocimiento del material arqueológico suministrado por Marruecos, que es el único que puede solucionar este apasionante problema. Tarradell muestra en todo su libro un conocimiento profundo de las fuentes antiguas literarias, que él continuamente maneja y cuyas afirmaciones siempre coteja con los resultados obtenidos de la Arqueología, constituyendo este libro un magnífico ejemplo de trazar una Historia con base arqueológica. Tarradell, después de un minucioso análisis del material arqueológico, en gran parte descubierto y estudiado por él, como se ha dicho, concluye que la colonización fenicia, en la zona africana, que interesa en este libro, no puede llevarse más allá del s. VII.

La primera parte está consagrada a las escalas africanas del camino hacia Occidente: Melilla, Rif y Gomara, Tamuda, la costa del

Estrecho, Lixus, Mogador. Acentuemos una vez más que este libro en gran parte es el producto de sus investigaciones personales de campo y que el planteamiento de los problemas con base arqueológica es prácticamente totalmente original; particular interés tiene el capítulo dedicado al Lixus, donde el autor lleva excavando muchas campañas y donde ha efectuado descubrimientos sensacionales. Algunas de las estaciones costeras han sido descubiertas por el autor. De gran importancia es el capítulo VIII dedicado a la cerámica prerromana de barniz rojo, sobre cuya importancia llamó la atención, por vez primera, Tarradell y que viene motivando importantes y continuos estudios del autor, Cintas, Cuadrado, etc., de un interés excepcional, ya que se halla repartida por todo el Occidente. La segunda parte está consagrada a la evolución histórica. En ella estudia la primera época de la colonización; fenicios, cartagineses y griegos; la plenitud de la colonización. De singular trascendencia son las páginas dedicadas al periplo de Hannon. Tarradell no se ha contentado con abordar los problemas referentes a la colonización, sino que estudia todo lo referente a la economía, salazones, sal, púrpura, oro, etc.: de paso señalemos algunos puntos dignos de apuntarse, como son: el número elevado de fábricas de salazón descubierta por el autor, el llamar la atención, por vez primera, sobre la importancia del elemento chipriota en los orígenes de la colonización en Occidente, el levantar la cronología propuesta por Cintas, etc. El señalar todas las ideas nuevas excede de los límites de una reseña. A partir del capítulo V de la segunda parte, el autor estudia una serie de aspectos fundamentales cuales son: la situación del Norte de Africa entre los siglos III-I a. C., el carácter de las monarquías africanas: Masinisa, Iuba II, Ptolomeo, sobre los que apunta una serie grande de ideas nuevas, que los historiadores de estos reyes tendrán que incorporar a la Historia de este período. De particular interés y novedad, producto totalmente de sus investigaciones, es el capítulo VIII: Aspectos de la economía púnico-mauritana, donde describe aspectos hasta ahora insospechados, como la continuación de las poblaciones coloniales, la extensión de la vida urbana, escritura y monedas, vida económica, sepulturas monumentales, etc. Con verdadera satisfacción reseñamos este libro que creemos es una soberbia aportación al conocimiento del Mundo Antiguo, y que marca una etapa en el conocimiento del Norte de Africa. Un gran número de figuras, tanto dentro del texto como en láminas, la mayoría de material desconocido, avaloran el contenido del libro.—J. M. BLÁZQUEZ.

PARIBENI, E.: *Catalogo delle Sculture di Cirene. Statue e rilievi di carattere religioso*, "L'Erma" di Bretschneider, Roma, 1959, X + 168 págs. + 209 láminas, 23 × 30 cms.

Es éste el vol. V de la serie "Monografie di archaeologia libica", colección publicada bajo

los auspicios de las Direcciones Generales de *Relazioni Culturale y Antichità e Belle Arti* italianas y que recoge los resultados de la campaña de excavaciones y estudio del material ya existente en museos, reemprendida después de la guerra por expertos italianos en territorio de Libia. El Prof. Paribeni se ha encargado de "la edición de una importante parte de las esculturas del Museo de Cirene, las de tema religioso".

Después de una breve "Premessa" en la que expone el autor el carácter de la edición, los medios científicos con que ha contado, y sitúa la historia de la escultura cirenáica dentro del marco general, ofreciendo varios hitos cronológicos importantes desde el 570 a. C., fecha en torno a la cual se importan piezas del mundo griego, hasta el 50 a. C. en que cesa la actividad de un gran maestro situado entre el helenismo que se clausura y la fase clasicista que se inaugura, comienza el catálogo de las piezas reproducidas. Son éstas en total 483 (bastantes menos, en realidad, pues de muchas se ofrece más de una vista), distribuidas en las 209 láminas colocadas al final de la obra en numeración sucesiva, fuera de texto, por consiguiente. Las reproducciones son todas en blanco y negro.

El catálogo que precede da los siguientes datos de cada una de las piezas: Denominación de la pieza, número de referencia del museo (?), material de ejecución, dimensiones, procedencia cuando es conocida e identificación cuando hay datos en fuentes literarias. Sigue luego una descripción detallada de la pieza, una valoración estilística con el consiguiente encuadre y un estudio de calidad estética. De todo este amplio estudio de cada pieza surge la consiguiente fijación de las líneas generales de las diversas fases, momentos y escuelas artísticas en que queda encuadrado el vasto material editado y recensado por el Prof. Paribeni.—EMYLLÁN BRAVO LOZANO.

AKURGAL, EKREM.: *Die Kunst Anatoliens vom Homer bis Alexander*. Walter de Gruyter & Co., Berlín, 1961, IX + 350 págs. + 12 láminas, 24 × 32 cms.

La gran obra de Ekrem Akurgal representa según palabras del mismo en el prólogo, "el primer intento de exposición completa del arte de Anatolia desde los tiempos homéricos hasta la época de Alejandro Magno". En sus páginas queda constancia de la riqueza monumental y figurativa de griegos, frigios, licios, lidos, carios, reno de Urartu y restos persas en suelo minorasiático.

Para realizar este ambicioso cometido, emprendió el autor la tarea de reproducción sistemática del material existente en numerosos museos tanto turcos como alemanes, franceses, italianos, Gliptoteca de Copenhague, etc., prescindiendo de los archivos fotográficos ya existentes. De esta forma no sólo ha incluido en su obra piezas inéditas o insuficientemente editadas —este es el caso de las grandes cons-

trucciones en roca pertenecientes a diversastrato" antes de incluirlas en la presente colección. Esto ha hecho que quedaran excluidas de la misma una serie de cabezas o estatuas de carácter dudoso.

El ingente material que representan las 265 reproducciones más las 12 láminas en color está repartido en 13 capítulos que corresponden a la enumeración étnica anterior. A lo griego dedica más de uno: Período protohelénico en Asia Menor, Estilo subgeométrico griego orientalizable, Estilo griego arcaico en Asia Menor. En apéndice final, en ocho páginas, ofrece diversas reconstrucciones de edificaciones "protohelénicas" cuyas plantas ha documentado fotográficamente en el cuerpo de la obra, y una serie de dibujos de diversa índole.

El texto, abundante y claro, tiene presente los resultados de las últimas excavaciones de Esmirna, Mileto, Focea y Dascyleion, para lo que se refiere a la costa occidental asiática. Con ello cree el autor hallarse en disposición de ofrecer una visión de conjunto suficiente de lo que fueron las realizaciones artísticas de los diversos pueblos de Anatolia, así como de sus relaciones con la cultura griega y dentro de ésta de la interacción mutua de las dos riberas del Egeo.

Precede a la obra un sinóptico de la cronología correlativa de los diversos pueblos, personajes conocidos y ciclos culturales, y la cierra un mapa de Anatolia que refleja la base geográfica de estos nueve siglos de historia artística que van de 1.200 a 300 a. C. — EMYLLÁN BRAVO LOZANO.

ROSENBAUM, E.: *Cyrenaican Portrait Sculpture*. A Catalogue of Oxford University Press. London, 1960, XVII + págs. + CVIII láminas, 22 x 30 cms.

Una triple campaña de excavaciones —inglesa, italiana e italiano-cirenaica— en la región de la antigua península cirenaica, ha hecho surgir varios museos en la región. Las vicisitudes de la última guerra mundial han traído como consecuencia la centralización de todo el material antes disperso en el Museo provincial cirenaico. En el estudio y catalogación del mismo ha trabajado activamente una misión italiana. El Prof. Enrico Paribeni ha publicado recientemente el catálogo de la mayor parte de las esculturas griegas y romanas de dicho museo. Quedaron excluidos de su trabajo los retratos. De éstos es de los que se ocupa la autora en el presente volumen.

El trabajo de catalogación emprendido por la autora ha dado como resultado las 140 páginas de comentario a las 108 láminas que constituyen el volumen. Aparte de la cuidada reproducción en blanco y negro de las piezas, muchas de ellas renovadas en sus clisés, del estudio exhaustivo tanto artístico como arqueológico de las mismas, de su descripción externa minuciosa y perfilada, se ha preocupado la autora de examinar atentamente cada una de las piezas para decidir de su carácter de "re-

lección. Esto ha hecho que quedaran excluidas de la misma una serie de cabezas o estatuas de carácter dudoso.

Con especial esmero ha atendido también la autora a la recuperación para este catálogo fotográfico de piezas parcial o totalmente destruidas durante la guerra. En el primer caso nos presenta la pieza en estado perfecto y después de su mutilación; en el segundo nos ofrece su reproducción primitiva.

El material está repartido en cinco secciones, y la obra concluye con un índice topográfico y otro de museos. — EMYLLÁN BRAVO LOZANO.

ALDRED, C.: *The Egyptians*. Thames & Hudson, 1961. Londres. Col. Ancient Peoples and Places. 268 págs., 82 fotografías, 50 figuras, 8 tablas y 2 mapas.

La serie anglo-americana de la colección "Ancient Peoples and Places" que dirige el Dr. Glyn Daniel no requiere presentación a esta revista, por cuanto en números anteriores se han reseñado otras obras de la misma serie. En esta ocasión Cyril Aldred, Conservador Ayudante del Royal Scottish Museum, donde tiene a su cargo las colecciones arqueológicas y etnográficas, ha realizado con gran fortuna los deseos de la colección: "presentar al día la información arqueológica en forma clara y legible", con destino no sólo al erudito, sino también al público en general. Para ello Aldred cuenta con el mérito de haber trabajado durante un tiempo como Conservador adjunto del Departamento de Arte egipcio del Metropolitan Museum of Art de New York así como de pertenecer al Comité de la Egypt Exploration Society.

A nadie se escapará lo delicado de la misión encomendada a Aldred. Encerrar en 40.000 palabras —este es el éxito de la colección— la historia de Egipto no es ciertamente una tarea fácil. El A. se dedica en especial a estudiar el carácter de la civilización egipcia, derivado de su medio geográfico y de la estructuración de su sociedad. Su visión desde el punto de vista sociológico tanto como arqueológico se refiere sobre todo al carácter de la civilización faraónica más que a su apariencia exterior y el estilo es de una gran claridad que hace la lectura fácil sin menospreciar entrar en los problemas de envergadura.

A través de los diez capítulos en que Aldred estructura su obra asistimos al descubrimiento del Antiguo Egipto con los inicios de la Egiptología en 1798 y a su desarrollo hasta el momento actual en que los trabajos de la UNESCO en pro de la salvación de las regiones nilóticas amenazadas por la presa de Asuán, han vuelto a poner candente el tema egipcio en la actualidad más inmediata.

Los yacimientos y el ambiente que los rodea se reviven en forma magistral en los capítulos II y III. Seguidamente la historia desde "El nacimiento de Egipto" (capítulo IV) hasta el "Declive y Eclipse durante el Período

Final" (capítulo VIII) pasando a través del Primer renacimiento durante el Imperio Antiguo, las convulsiones de la Edad Media faraónica y su término con el Imperio Medio y el feudalismo nuevo que dió paso al Imperio Nuevo, se exponen en una de las síntesis más apasionantes y documentadas que se hayan escrito en breve forma.

La Sociedad y la Vida de Egipto son los dos capítulos finales de esta obra vivida, amena, escrita inteligentemente y documentada con una selección de ilustraciones, notas y bibliografía, que demuestran a la perfección el esfuerzo del autor para ceñirse a las condiciones de la serie, debiendo callar en bien de la brevedad todo cuanto pudiera ser motivo de cientifismo y de especialidad. — A. ARRIBAS.

COOK, R. M.: *The Greeks till Alexander*. Londres, 1961. Thames & Hudson (Ancient Peoples and Places). 264 págs., 89 Láms., 36 figs., 3 mapas, 1 tabla.

Robert Cook, de la Escuela Británica de Atenas y Lector de Arqueología Clásica en Manchester desde 1945, se enfrenta en esta obra con uno de los períodos más apasionantes de los que ocupan la serie de "Ancient Peoples and Places". Describe el crecimiento y carácter de la cultura griega y con un juicio muy ponderado estudia las causas de sus éxitos y de sus fracasos. Siguiendo una corriente muy actual de la historia, presta su atención predominantemente a los hechos de carácter económico, social, político y geográfico procurando alejarse del tipo de historia psicológica o bélica que prácticamente puede darse ya por desterrado.

El A. reconoce que los capítulos dedicados al arte y sobre todo a la arquitectura pueden haber ocupado demasiado espacio en su obra, aunque ésta es precisamente —y éste es su descargo— la norma de la Colección, dando papel principal a los restos de carácter material o arqueológico. Por otra parte hay que tener en cuenta que dentro de la Colección se han encargado dos obras que complementan la que reseñamos. Nos referimos a *The Greeks in the West*, de A. G. Woodhead (recién salida en la primavera de 1962) y *The Greeks in the East*, en preparación por el especialista en la materia J. M. Cook. Este desglose de la tarea ha permitido al A. —auxiliado por una serie de expertos— ceñirse a la materia sin necesidad de tener que dispersar sus esfuerzos. Tras estudiar las bases geográficas y económicas del país, divide en Períodos de la Edad del Hierro, Arcaico y Clásico la evolución histórica del pueblo griego. A lo largo de estas páginas de lúcida construcción asistimos a la creación de la civilización moderna, que se origina en la ciudad-estado, especialmente Atenas, donde la democracia dió la más amplia medida de la libertad. Aunque la civilización griega no terminó en la época de la conquista macedónica, sin embargo quedó apuntalada con ella. La helenización de las conquistas de Alejandro representa, como todas las difusiones, una diso-

lución. Las ciudades griegas de nueva fundación, a pesar de que fueron regidas por la ciudad-estado, sólo tuvieron poderes de índole municipal. El espíritu de la nueva época puede juzgarse por el recibimiento que dió a los estóicos y epicúreos que predicaban la sumisión del hombre al mundo que lo rodea. Más que de filosofía se trataba de credos.

El A. plantea una cuestión de gran trascendencia. ¿Por qué la civilización griega no avanzó más allá? Aquí estudia el papel primordial que actuó el mundo de ideas macedónicas.

La pulcra impresión de esta obra y en especial la novedad de las ilustraciones —véanse las fotografías aéreas de algunos famosos lugares— complementan, junto con las notas y los mapas, la clara exposición sucinta de R. M. Cook. — GLORIA TRÍAS.

LINDSAY, J.: *Our Celtic Heritage*. Londres, 1962. Weidenfeld & Nicholson. 134 págs., 21 figs., 3 mapas.

La obra de Jack Lindsay forma parte de una nueva serie de trabajos titulada de "The Young Historian Series", destinada a dar a conocer en forma fácil los pueblos más importantes que dieron lugar al nacimiento de la Britania histórica. Después de la síntesis de T. G. E. Powell: *The Celts* (1958) o del magnífico estudio de Moira y Liain de Paor sobre *Early Christian Ireland* (1958) el trabajo que nos ocupa parece que debió haber sido empresa fácil, por cuanto nunca como ahora había sido posible lograr una síntesis de los conocimientos arqueológicos. Con el apoyo, pues, de aquellos tratados que hemos indicado, Lindsay ha elaborado una signopsis sobre los celtas no sólo en las Islas Británicas, sino también en el propio continente.

A través de las ligeras páginas de esta obrita seguimos a los celtas que en las Islas Británicas regularon con acierto la vida ciudadana, la agricultura del país, que elevaron el comercio a un alto nivel y que acuñaron las primeras monedas. Los celtas iniciaron la deforestación en los valles, que no se terminó hasta la Edad Media, y sin la cual no hubieran podido tomar forma los modernos estados europeos. Vemos cómo su vida tribal tomó un aspecto bélico y cómo en la fase última, de los Belgas, estuvieron a punto de formar verdaderas monarquías.

El A. muestra cómo en la llamada Epoca Oscura, al caer el Imperio Romano de Occidente, consiguieron traspasar la civilización celto-romana hermanándola con la de los invasores germánicos, poniendo en evidencia los elementos del estilo artístico celta; finalmente en época medieval los galeses, bretones y las gentes de Cornualles sacaron de sus raíces célticas los grandes temas de romance centrados en torno a la figura de Arturo, todavía vivos en la literatura inglesa.

Más que al arqueólogo esta obrita interesará al folklorista por la variedad de los temas que se tratan y que afectan a ramas muy distintas de especialidades diversas. — A. ARRIBAS.

BALIL ILLANA, A.: *Pintura helenística y romana*. Bibliotheca Archaeologica III. Madrid. Instituto Español de Arqueología (C. S. I. C.), 1962. 331 p., 104 figs. y 2 láms. 19 × 13 cms. Couché.

La serie de compendios y pequeñas monografías editada por este Instituto cuenta con un nuevo volumen. Como los anteriores, se dirige a un tipo de lector capacitado para dejarse conducir al estudio e incluso a la investigación de ciertos temas de la cultura clásica.

El presente libro de A. Balil, Secretario de dicho Instituto, recoge uno de los aspectos más significativos del gran arte grecorromano. Y de los más "nuevos" también, pues la pintura antigua es, acaso, donde mayores aportaciones y rectificaciones cabe hoy registrar, merced al progreso que su investigación ha experimentado en los últimos veinticinco años. Por ello, el tema de este volumen es, contra lo que pudiera parecer, complejo y difícil, dada la cantidad de problemas que en estilo, carácter, fecha, iconografía, atribuciones, originalidad, interpretación, análisis de elementos, fuentes, etcétera, etc. hay que valorar y discernir.

Para la exposición de la obra el autor ha tenido que poner en juego una información muy completa, "vívida" no sólo en los libros, sino en las relaciones con los principales especialistas y en el conocimiento directo de buena parte del material, sobre todo de Italia. Ello no hubiera bastado, por las divergencias de la crítica moderna, para orientarle acertadamente en dicha exposición; y es mérito suyo haber sabido tocar objetivamente determinadas cuestiones que, como el helenismo o romanismo a ultranza en el origen o desarrollo de la pintura romana, son, sin duda, excesivas en cuanto tendencias exclusivas sostenidas por algunos autores.

Tras una útil introducción general acerca de las fuentes de nuestro conocimiento actual y del método de estudio de la pintura griega y romana, se da una rápida visión de la pintura helénica comprendida entre los orígenes y el siglo V inclusive, con mención de todo el ciclo

de Polignoto. Pásase, luego, revista a los nuevos problemas que establecen las bases teóricas de lo que había de ser la pintura helenística, problemas que se dan en el siglo IV, examinada por eso con mayor detenimiento, con las escuelas y maestros de su primera y segunda mitad. Estos antecedentes sirven de explicación para el buen entendimiento de la pintura helenística, a la que se dedican cuatro capítulos. En ellos, aparte consideraciones generales del siglo III al I, se ven estudiando sucesivamente las distintas tendencias, géneros y ejemplares de la pintura figurada, paisajista, escenográfica, de bodegón, retrato y vascular, para terminar con la pintura decorativa y ornamental.

Entrase luego en el estudio de la pintura romana, que presenta en doce capítulos (la mayor parte del libro) toda su evolución histórica, tanto en la metrópoli como en provincias y con referencias a los distintos géneros y ejemplares de cada momento. No faltan, por tanto, alusiones al material español, especialmente mosaicos. Particular interés tiene la parte referente a la constitución del gusto pictórico romano, al concepto artístico de los escritores latinos y a la formación de la pintura romana; capítulos para los que el autor se ha basado en las seductoras obras de Becatti y Bianchi-Bandinelli.

Un último capítulo, documentado principalmente en Weitzmann, sobre la continuidad y transmisión de la pintura romana al mundo medieval a través sobre todo de la ilustración, cierra esta útil obra, cuya oportunidad e importancia es de justicia poner de manifiesto.

Baste esta última consideración como favorable resumen de una impresión general después de la lectura. Algunos defectos de forma deben subsanarse en futuras ediciones (sobre todo "rendimiento" por tratamiento, "tratación" por tratado), incisos que por falta de puntuación restan claridad a muchos párrafos, etc. Pero buena parte de ellos ha de cargarse a la última fase de la corrección de pruebas.

El libro está sencilla y elegantemente presentado, con ilustraciones nítidas, abundantes y bien seleccionadas. — A. F. AVILÉS.